



Joaquín Calvo-Sotelo

El jefe

Drama en prosa y en tres actos, divididos, el primero y el segundo, en dos cuadros, y el tercero, en tres

PERSONAJES

ESTHER.
NANCY.
ÚRSULA.
MARÍA.
ANATOL.
TOMMY.
JEREMÍAS.
MÁXIMO.
EL CABALLERO.
GORDÓN, EL TUERTO.
SACHA.
ALGUNAS COMPARSAS.

Esta obra fue estrenada por la Compañía del Teatro Nacional, en el María Guerrero, la noche del 5 de marzo de 1953.

La acción transcurre en un islote imaginario, situado en un mar cualquiera, a varias noches de navegación de una costa cualquiera. Época actual.

Acto I

Cuadro I

La escena representa la planta baja de una casa de dos que sirve de residencia al torrero de un faro. En el primer término, a la izquierda, hay una puerta, rústica, de madera, con un cerrojo de hierro. Contiguo a ese lienzo, otro, con una ventana de dos hojas, un poyo adosado a ella y unas redes colgadas de una viga. A continuación se abre una escalera de cuatro o cinco peldaños, solamente, que conduce a las habitaciones interiores, por la izquierda y a una especie de desván, que para nada juega en la acción, por la derecha. Enfrente del espectador hay un gran ventanal, con un forillo de mar -el de la ventana es de unas borrosas y lejanas casas-, y bajo él un banquillo de madera. En el último término, una pequeña alacena, con alguna botella, y algunos vasos y platos, una cómoda, con un retrato y una hornacina de cristal, que guarda una imagen y, por fin, otra puerta opuesta a la primeramente descrita, que lleva a un sótano. En el centro, pero situada de modo que no estorbe el movimiento de los personajes, una mesa camilla, con un par de sillas. Del centro de la viga principal cuelga un farol de petróleo. Tanto la ventana como el ventanal son practicables y se abren hacia fuera. Ambos tienen contras. Cuando el ventanal se abra, el haz de luz del faro, que se supone contiguo, deberá advertirse intermitentemente proyectada sobre el forillo del mar. El ruido de las olas acompañará a todos los momentos en los que tanto las ventanas como la puerta exterior se abran. Puede, por cierto, imitarse fácilmente moviendo arena de un lado a otro, sobre un recipiente de un metro aproximado de diámetro, con un fondo de parche y una arandela de madera. Fuera de los momentos indicados, el mar, si las ventanas y la puerta están cerradas, sólo deberá oírse en el primer cuadro, y únicamente cuando el diálogo lo marque. **IMPORTANTE:** Los términos derecha e izquierda van referidos al espectador y no al actor.

Al comenzar la acción es de noche. La ventana está cerrada. JEREMÍAS y MÁXIMO se encuentran en escena. MÁXIMO manipula con unas cartas de baraja, sentado a la mesita central. JEREMÍAS, próximo al ventanal, parece escuchar algo, no muy preciso, que se oye de fuera. MÁXIMO es un muchacho joven. Va pulcramente afeitado y peinado. Tiene un aire fino, con un punto, en ocasiones, de afectación; en algunas, muy pocas y muy leves, de afeminamiento. Viste unos pantalones cualesquiera y un jersey fuerte, de lana, de colores un poco llamativos. JEREMÍAS es un hombre pequeño, medio picado de viruelas, de baja extracción. Es, sin embargo, más simpático, desde el primer momento, que MÁXIMO, porque así como MÁXIMO parece estar de vuelta de todo, él es ingenuo, se asombra fácilmente y siente una ilimitada capacidad de admiración por cuanto le rodea. Viste la chaquetilla, maltratada y medio rota, de un guardián de prisiones. Aún le quedan algún botón dorado y alguna hombrera, pero se advierte que ha sufrido desperfectos graves. MÁXIMO tira, uno a uno, varios naipes sobre la mesa y los distribuye en forma de solitario, mientras habla con la prosopopeya con que hablaría un prestímano en el momento de mostrar al público cualquiera de sus ejercicios.

MÁXIMO.- O sea, distinguido señor: quedamos en que usted ha pensado en dos cartas, ¿no es eso?

JEREMÍAS.- (Distraído; sin mirarle.) Sí, sí...

MÁXIMO.- Muy bien: pues yo, ahora mismo, voy a adivinarlas. Primero, como es natural, barajaré... (Mientras las baraja y en distinto tono.) ¿Que pasa, Jeremías?

JEREMÍAS.- ¡Está bueno el mar!... Hoy no nos hubiera sido posible escondernos en la gruta. Las olas daban miedo.

MÁXIMO.- Es hora de marea alta, Jeremías.

JEREMÍAS.- ¿Sí?...

MÁXIMO.- (Con su primitivo tono declamatorio.) Distinguido señor: una vez barajadas las cartas... (Le invita.) ¿Desea usted mismo?...

JEREMÍAS.- (Mientras mecánicamente las baraja también.) Algo extraño, ha debido de suceder. Hace media hora pasaron por aquí. Tommy tiene la querencia de la casa; yo sé bien por qué... Andaban medio borrachos.

MÁXIMO.- (Le quita las cartas.) Y ahora, si es tan amable de señalar dos cualesquiera; las que le apetezcan...

(Se las muestra abiertas en abanico, por el dorso.)

JEREMÍAS.- (Distraído.) Esta y ésta...

MÁXIMO.- Ajajá. El cuatro de corazones y el valet de pic. ¿Eran éstas las cartas en que había usted pensado, distinguido señor?

JEREMÍAS.- (Atónito.) ¡Demonio! ¿Cómo las has acertado?

MÁXIMO.- (Desdeñoso, superior.) Te dije que adivinaba el pensamiento.

JEREMÍAS.- (Se sienta a su lado.) ¡Cuánto sabes...!

MÁXIMO.- Podría hacerte juegos de esos dos horas seguidas.

JEREMÍAS.- ¡Qué bárbaro!, Oye: buen pardillo el que se atreva contigo en una partida de póker.

MÁXIMO.- (Pedante.) Sí, señor; va listo.

JEREMÍAS.- ¿Y por qué tú, que podías vivir, como un rey sólo de hacer trampas, te metiste en camisa de once varas?

MÁXIMO.- Las cosas que pasan, mi querido amigo.

JEREMÍAS.- Pero a eso... (Acciona con los dedos, como si ponderase su ligereza.) le habrás sacado mucho jugo, ¿no?

MÁXIMO.- Imagínate. El póker me costeó la carrera de abogado.

JEREMÍAS.- ¿Eres abogado?

MÁXIMO.- Sí, aunque no ejerzo. En la Universidad había timbas de póker y de baccarat. Y yo ganaba siempre lo necesario para pagar las matrículas, los libros y la residencia.

JEREMÍAS.- Es estupendo, (Se interrumpe.) ¡Calla!

MÁXIMO.- ¿Qué?

JEREMÍAS.- No, no, nada; el mar. ¿Tú, no temes que esto acabe mal?

MÁXIMO.- Cualquiera lo averigua.

JEREMÍAS.- Nuestros compañeros son bestias desatadas.

MÁXIMO.- Baltasar, «la Cebra» es el responsable.

JEREMÍAS.- Sí; pero sin él nada se hubiera conseguido. ¡Qué fuerza la suya...!

MÁXIMO.- No resistiría una llave mía.

JEREMÍAS.- (Se ríe.) Tú deliras.

MÁXIMO.- Yo sé «Jiu-jitsu».

JEREMÍAS.- ¿Qué es eso?

MÁXIMO.- El arte de luchar de los japoneses.

JEREMÍAS.- ¿Y a mí me vas a hablar tú de japoneses? Tres años de guerra hice en el Pacífico, en la Legión de Voluntarios.

MÁXIMO.- No me refiero a esa lucha, hombre... Es una especie de «catch as catch can».

JEREMÍAS.- ¡Ah, bueno!

MÁXIMO.- Baltasar, «la Cebra» me hubiera durado a mí cinco minutos. (JEREMÍAS va de nuevo al ventanal.) ¿Qué?

JEREMÍAS.- Nada; no se ve nada; sólo la luz del faro. De tan cerca que lo tenemos... Pasa por encima de nosotros, como las aspas de un molino... Mira que haber venido a poner un faro aquí...

MÁXIMO.- (Que ha seguido manipulando con las cartas y se las ofrece igual que antes.) Coge una. (JEREMÍAS la coge sin grandes entusiasmos.) No olvides cuál es. Métela. (JEREMÍAS le obedece. MÁXIMO baraja.) ¿Y dónde querías que lo hubieran puesto? ¿Y el Servicio de Salvamento de Náufragos? ¿Y el semáforo? ¿En la capital? ¿Junto al cine Mogador?

JEREMÍAS.- Yo no viviría en este islote por nada del mundo.

MÁXIMO.- Lo han puesto en su sitio. Y a suficiente distancia de la costa para que a nadie se le haya ocurrido venir a buscarnos.

JEREMÍAS.- ¿Y las dos canoas que rodearon la isla? ¿Y los treinta soldados que lo registraron todo? Por suerte, menos la gruta, que desconocían... Y mientras, el patrón que nos trajo se volvía en la

vapora con sus cinco mil pesos de propina, tan campante.

MÁXIMO.- Nadie ha sospechado nada, por lo visto. Nos buscan en la costa, por la selva. ¿Era el rey de carró la carta que elegiste?

JEREMÍAS.- Sí.

MÁXIMO.- Mira si es la que llevas en el bolsillo.

JEREMÍAS.- ¿Yo?... (Se registra, intranquilo, y se la encuentra. Con una expresión casi aterrorizada.) ¡Maldita sea...! Pero ¿cómo haces?

MÁXIMO.- A propósito, tira esa chaqueta. Me trae malos recuerdos.

JEREMÍAS.- Era de don Jorge, el de nuestra galería. A mí me gustaba por los botones... Y al atarle... (Transición.) Pero ¿cuándo me has puesto la carta? Si no me he dado cuenta... Igual hubieras podido quitarme lo que llevase encima, ¿no?

MÁXIMO.- Naturalmente.

JEREMÍAS.- Y que tú, con esa ciencia, hayas caído aquí...

TOMMY.- (Desde dentro.) ¡Esther! ¡Esther...!

MÁXIMO.- Tommy, de serenata. Se la va a ganar.

TOMMY.- ¡Esther!, ¡Esther!...

JEREMÍAS.- (Remeda una voz femenina.) ¿Qué quieres, mi príncipe? ¿Llevarme al baile? Voy en seguida.

(MÁXIMO se ríe a carcajadas. La puerta se abre y TOMMY aparece en ella. Es torvo y mal encarado. Tiene una profunda cicatriz en la frente.)

TOMMY.- Pocas bromas, Jeremías, que no soy hombre que las aguante. (Cruza la escena, en dirección de la escalera del fondo.) ¿Dónde se ha metido Esther?

JEREMÍAS.- (Bonachonamente.) Salió, tonto...

(TOMMY intenta comprobarlo. MÁXIMO se le interpone.)

MÁXIMO.- Un consejo, Tommy. Ya sabes que yo soy tu amigo. Deja a Esther en paz.

TOMMY.- ¿Sí?

MÁXIMO.- Esther es cosa de Anatol, y con Anatol no se juega.

TOMMY.- ¡Esther!

ÚRSULA.- (Desde dentro.) Ha salido.

JEREMÍAS.- Es Úrsula... Esa está menos solicitada.

TOMMY.- Queréis engañarme...

(ÚRSULA aparece en la escalera.)

ÚRSULA.- Suba, si prefiere quedarse tranquilo.

(TOMMY, desarmado, renuncia a la prueba.)

MÁXIMO.- A ti lo que más te conviene, a falta de Esther, es una ducha. ¿Por qué no te la tomas?

TOMMY.- Yo sé lo que me conviene.

JEREMÍAS.- ¿Qué han hecho los otros? ¿Cómo no andas con ellos?

TOMMY.- Baltasar, «la Cebra» ha desaparecido. ¿Le visteis?

JEREMÍAS.- Ni por lo más remoto.

(ÚRSULA hace mutis. TOMMY mira a JEREMÍAS y MÁXIMO desafiadoramente.)

Después se va, del mismo modo, por la lateral de su entrada.)

MÁXIMO.- Si a mí me gustase Esther, preferiría cien veces que fuera la amante de Baltasar, «la Cebra» a que lo fuera de Anatol.

JEREMÍAS.- ¿Sí?

MÁXIMO.- Baltasar es un gorila; Anatol es un hombre.

JEREMÍAS.- ¿Y es que Esther no te gusta?

MÁXIMO.- No sirve para descalzar a las mujeres que han estado enamoradas de mí.

JEREMÍAS.- Hale...

MÁXIMO.- ¿Te acuerdas de los retratos que tenía en la garita?

JEREMÍAS.- No sabía que la Marlene hubiera sido novia tuya.

MÁXIMO.- Sólo dices estupideces. Otras había...

JEREMÍAS.- La verdad es que daba gusto despertarse y verse enfrente aquel museo. Tú ya sabes que yo la cambiaba a todas por la rubia de la esquina.

MÁXIMO.- Magda se llamaba. Menuda... Pues la tal Magda dejó plantado a un oficial de un barco francés y se vino conmigo. Y hasta a una vizcondesa la tuve yo a mal traer... Por mi cara bonita, Jeremías.

JEREMÍAS.- Si no lo dudo, hombre. Ventajas de los que sois guapos.

MÁXIMO.- Para que vaya a preocuparme yo por la hija de un torrero de faro.

JEREMÍAS.- Por la huérfana, Máximo. ¿Sabes cuándo murió su padre? Veinte días antes de llegar nosotros. El remolcador estuvo aquí un viernes, dejó los víveres y el petróleo y se hizo a la mar. A las veinticuatro horas se lo encontraron arriba, en la cama, muerto.

MÁXIMO.- ¿Quién se lo había cargado?

JEREMÍAS.- Nadie... Si también hay quien muere de muerte natural... (Se acerca a la ventana.) Baltasar y Tommy: buena pareja. Me dan miedo.

MÁXIMO.- ¿Por qué?

JEREMÍAS.- Son capaces de cualquier cosa.

(ÚRSULA, por la escalera. Tras ella, ESTHER. ESTHER es una mujer morena de unos treinta y cinco años, de grandes y profundos ojos negros. Viste un casero traje de invierno. No sonrío. Un halo dramático circunda su semblante. Inspira un respeto extraño.)

ESTHER.- Adiós, Úrsula. Y gracias por todo. En cuanto a Basilio...
ÚRSULA.- ¿Qué crees?
ESTHER.- Me preocupa que le descubran.
ÚRSULA.- Yo pienso como tú. ¿A qué conduce, además, esconderse?
¡Ay, Señor, Señor!... Hablaré a Nancy.
ESTHER.- Demasiado enamorada está de Basilio para que le aconseje bien.
ÚRSULA.- En fin: adiós, Esther.
ESTHER.- ¿Le acompaño?
ÚRSULA.- A mis años no tengo por qué temer a nadie.
ESTHER.- Hasta mañana, entonces.

(Se oye, muy tenuemente, la voz de un posible locutor de radio.)

JEREMÍAS.- Oiga usted, señora. ¿Qué ha dicho la radio de nosotros?
ÚRSULA.- Contó la vida y milagros de cada uno de ustedes.
JEREMÍAS.- ¿De todos?
ÚRSULA.- Por lo menos de algunos... ¿Anda por ahí ese Gordón, «el Tuerto», el que asesinó a una niña de quince años?
MÁXIMO.- Sí, pero no se preocupe; nadie le habla. Nos da asco.
ÚRSULA.- ¡Qué monstruo!
MÁXIMO.- ¿He sido yo de los descritos, señora? Mi nombre es Máximo, «el Fino».
ÚRSULA.- No recuerdo.
JEREMÍAS.- ¿Y yo? Yo soy Jeremías Gómez.
ÚRSULA.- Jeremías... (Retrocede, al mismo tiempo que ahoga un grito de terror.) ¡Ay! (Y hace mutis por la izquierda.)
JEREMÍAS. (Tras un silencio un poco incómodo.) Bueno...
MÁXIMO.- (Se burla.) Han debido ponerte como un trapo, Jeremías.
JEREMÍAS.- Demonio con la radio... ¿Qué habrá contado?
MÁXIMO.- Vete tú a saber.
JEREMÍAS.- Prefiero no haberla oído, palabra. (Tira las cartas al suelo, de un manotazo.) Y deja las cartas. Me ataca tu flema.
MÁXIMO.- Mejores modos, amiguito, si quieres que tengamos la fiesta en paz. No hay que descomponerse por tan poca cosa.
JEREMÍAS.- ¡Hago lo que me da la gana!
MÁXIMO.- Me está apeteciendo explicarte la primera lección práctica de jiu-jitsu.
JEREMÍAS.- Será difícil que yo me deje...
MÁXIMO.- (Sin gritar.) ¿Quién te pide permiso? Mira, es muy sencillo... Con una mano se coge la muñeca del discípulo... Después, con el codo en la garganta...

(Acompaña la acción a la palabra y le derriba. JEREMÍAS se incorpora y MÁXIMO vuelve a derribarle de nuevo, próximo a la puerta del sótano. Ahora, él mismo le ayuda a levantarse y le da, a manera de reconciliación, un cariñoso palmetazo en la cara. TOMMY regresa por la izquierda.)

TOMMY.- Os burlasteis de mí, pero después hablaremos. ¡Esther!
(Sube la escalera y desaparece por el foro.) ¡Esther!

(Se le oye aporrear una puerta. JEREMÍAS y MÁXIMO han olvidado su querella. Ahora se consultan con la mirada, sin saber qué decir.)

MÁXIMO.- Nos aguarda una bonita escena.

JEREMÍAS.- A Tommy sí que le aprovecharían tus lecciones. ¿O no te atreves a dárselas?

MÁXIMO.- ¿Y a mí qué se me ha perdido en este pleito?

TOMMY.- ¡Esther! ¡Abre o echo la puerta abajo!

MÁXIMO.- Eso es cuenta de Anatol.

(Súbitamente, en la puerta de la izquierda, surge ANATOL. ANATOL es un hombre de cuarenta años, alto, severo, pálido y frío. Viste un pantalón bombacho y un jersey gris, espeso, de cuello alto.)

TOMMY.- ¡Esther!

ANATOL.- (Autoritariamente.) ¡Tommy!

(Hay una pausa de breves segundos. TOMMY reaparece.)

TOMMY.- ¿Quién me llama?

ANATOL.- ¿Tienes algo que decir a Esther?

TOMMY.- Puede que sí...

ANATOL.- Aquí está. Díselo.

(ESTHER, en efecto, surge en lo alto de la escalera.)

TOMMY.- Ya pasó la oportunidad.

ANATOL.- Óyeme, Tommy, y no olvides esto: te prohíbo terminantemente que te dirijas a Esther. Esther es cosa mía. ¿Lo habías olvidado?

TOMMY.- ¡Bah!

ANATOL.- ¿Qué quería, Esther?

ESTHER.- Ni lo sé, ni me importa. Llamó, y como no le contestaba, golpeó la puerta.

ANATOL.- Si fuera preciso, la próxima vez te hablaría de manera distinta. Recuérdalo.

TOMMY.- (Ambiguo.) Yo suelo recordarlo todo. (Hace mutis por la izquierda.)

ANATOL.- (A JEREMÍAS.) Baltasar, «la Cebra», se ha matado.

JEREMÍAS.- ¿Cómo? ¿Dónde?

ANATOL.- En la playa, al pie del acantilado. Ayer le vieron bebido por la noche. Resbaló, se conoce, y se partió la nuca.

JEREMÍAS.- Mal fin ha tenido.

ANATOL.- Puede haberlos peores. (JEREMÍAS y MÁXIMO salen por la izquierda.) Se me ocurre que la idea de que exista algo entre usted y yo, aunque sea simuladamente, le molesta.

ESTHER.- Sí.

ANATOL.- Yo esa comedia la represento por ayudarla. A mí no me beneficia nada. Ni estoy enamorado, ni presumir de Don Juan es cosa que vaya con mis gustos.

ESTHER.- Me lo imagino.

ANATOL.- Así que, cuando le apetezca, damos por concluida nuestra pasión. Nos devolvemos los anillos y listos.

ESTHER.- Por mí...

ANATOL.- Habla usted con demasiada ligereza. Veintidós hombres estamos aquí, dueños de este islote. Mejor es, para usted, aparentar que pertenece a uno, que no correr el riesgo de acabar perteneciendo de verdad a todos. Con seguridad, esta idea le divertirá muy poco.

ESTHER.- Usted creyó protegerme. Yo me hubiera protegido también.

ANATOL.- Mucho confía en sus fuerzas.

ESTHER.- Cuando se quieren usar las que se tienen, aunque no sean grandes, bastan.

ANATOL.- Así, pues, punto final a nuestro idilio. Si Tommy llama en su puerta, se las arreglará como pueda. Y el día en que Gordón, «el Tuerto», o cualquiera de mis compañeros de aventura deseen pasar una noche alegre, yo me encogeré de hombros.

ESTHER.- No quiero deberle nada.

ANATOL.- ¿Y por qué? Cuénteme.

ESTHER.- Han dado muerte a doce guardianes.

ANATOL.- Es posible...

ESTHER.- Trescientos evadidos han caído en los pueblos de la costa, han robado, han asesinado, se han conducido como fieras...

ANATOL.- ¿Sí?...

ESTHER.- Y usted ha sido el cabecilla.

ANATOL.- Está mal informada.

ESTHER.- Ya les llegará la hora de pagar sus cuentas.

ANATOL.- Probablemente. El negocio de las evasiones suele ser ruinoso.

ESTHER.- Allá usted con su experiencia.

ANATOL.- La experiencia cuenta poco aquí. Si se me hubiera hecho caso, todo habría sido distinto. Mis proyectos eran diferentes.

Baltasar incendió la imaginación de unos cuantos presos. Él fue quien rompió en dos el cráneo del celador de nuestra galería; quien inutilizó, abrasándose las manos, las señales de alarma; quien nos dio los fusiles, las granadas y las pistolas: el cabecilla, en suma, como usted dice. Yo no siento simpatía por los mestizos, pero Baltasar, «la Cebra» era el hombre más bravo que he conocido nunca. La mayor cantidad de vida y de energía física que cabe en un ser humano se ha quedado entre las rocas de la isla. Y basta ya de epitafios a su memoria. (Transición.) Sé que hay ron en la casa. Y quisiera beber. Tengo algo muy importante que celebrar.

(ESTHER, sin palabras, saca de la alacena una botella de ron y un vaso, que deja sobre la mesa.)

ESTHER.- Aquí está el ron.

ANATOL.- (Se sirve y bebe de él.) Bebo a mi salud. Son las siete de la tarde. Cumplí las primeras doce horas de una segunda vida. A las siete de la mañana de hoy tal vez habría sido ejecutado. La primera parte de mi vida no fue muy fácil. Temo que esta segunda sea no sólo más corta, sino más difícil. ¿Usted no bebe? Beba usted. No creo que le convenga mucho ese gesto adusto, esa actitud de pocos amigos. Al fin y al cabo, otro peor que yo hubiera podido caerle en suerte. (Va a la alacena, saca un vaso y se lo ofrece.) Beba usted.

(ESTHER no bebe, pero se sienta junto a la mesa.)

ESTHER.- Y a usted, ¿por qué iban a ejecutarle? ¿Qué había hecho usted?

ANATOL.- Matar también. (ESTHER acusa, en un movimiento casi imperceptible, el temor de verse vecina a él.) ¿Le doy miedo?

ESTHER.- (Serenamente.) Creo que no.

ANATOL.- Me alegro.

ESTHER.- ¿Y a quién...?

ANATOL.- Se habló mucho, pero usted era una niña entonces. O, a lo mejor, vivía aquí ya... y ni se enteró.

ESTHER.- No, aquí estoy desde que enviudé, hace tres años...

ANATOL.- Entonces es probable que haya usted oído o leído...

ESTHER.- ¿A quién mató usted? ¿Por qué mató usted? Por celos, por robar, por... ¿Por qué se puede matar, Dios mío? ¿Fue en riña?... ¿Fue a traición?...

ANATOL.- Yo maté al presidente Araballe.

ESTHER.- Sí, ya sé... Hace...

ANATOL.- Doce años justos. El día 6 de octubre de 1940, en la revista militar de Campo Grande.

ESTHER.- Con un fusil de precisión... sí..., desde la ventana de una casa desalquilada.

ANATOL.- Justamente.

ESTHER.- Pero usted consiguió escapar.

ANATOL.- Así fue. Huí al extranjero.

ESTHER.- ¿Y por qué volvió?

ANATOL.- No voluntariamente... El barco en el que iba no tenía por qué atracar allí. Lo hizo de arribada forzosa, con una hélice rota... La Policía ha progresado en estos doce años. Tiene una memoria implacable. Yo me confié en exceso, cometí alguna imprudencia... Y pronto dieron conmigo.

ESTHER.- Sí. La radio lo dijo.

ANATOL.- Fui juzgado, condenado... Se preguntaba usted por qué razones se puede matar. Hablaba del amor y del robo. Olvidaba usted

una: las ideas. Hace doce años yo era un anarquista de acción.

(Pausa.) ¿Bebe usted?

ESTHER.- No.

ANATOL.- (La mira de hito en hito, con un punto de rencor.) A su gusto.

(Él apura, casi desafiadoramente, su vaso. En este momento se oye ruido fuera. ESTHER inicia el mutis por la escalera. ANATOL entreabre una de las ventanas. Por la izquierda aparece ÚRSULA. Con ella, NANCY y MARÍA. Son dos mujeres jóvenes. Visten ruralmente.)

ÚRSULA.- ¡Sálvelas!

ANATOL.- ¿De qué?

ÚRSULA.- Esos hombres han enloquecido... Andan buscándolas.

ESTHER.- (Se le acerca.) ¿Qué sucede, Úrsula?

MARÍA.- Tengo miedo, Ester.

ÚRSULA.- Van a matarnos a todas.

ESTHER.- Entrad conmigo.

(ANATOL va a la puerta y la atranca. Acaba de hacerlo cuando alguien la golpea.)

ANATOL.- (Con voz entera.) ¿Quién es?

JEREMÍAS.- (Desde dentro.) Soy yo, Anatol. Ábreme. (ANATOL abre y JEREMÍAS, en efecto, entra en escena.) No cierres. Máximo y el Caballero vienen conmigo.

ANATOL.- ¿Qué quieren?

JEREMÍAS.- Tommy intenta prender fuego a la casa del llano porque cree que estas dos se han escondido dentro. Imagínate lo que sería un fuego... Podría arder la isla entera.

(MÁXIMO, EL CABALLERO y DOS COMPARSAS entran en escena. EL CABALLERO

es un hombre de cincuenta años, de aspecto grave y engolado. Usa monóculo.)

CABALLERO.- Tommy va al frente de unos cuantos suicidas. Hay que imponerse a esos locos.

ANATOL.- ¿Qué deseáis de mí?

CABALLERO.- Nos inspiras confianza y estamos dispuestos a obedecerte. Cualquier imprudencia puede comprometernos.

JEREMÍAS.- Parece que los que huyeron a la selva se han entregado. En la costa siguen sin sospechar de nosotros; pero si inutilizan el faro...

CABALLERO.- No hay tiempo que perder, Anatol.

ANATOL.- (Mira a ESTHER.) ¿Por qué no vais vosotros?

CABALLERO.- No nos harían caso. Yo no tengo autoridad sobre ellos.

Tú, sí.

ANATOL.- (Nueva mirada a ESTHER.) Está bien. ¿Lleváis armas?

MÁXIMO.- Sí.

ANATOL.- Vamos, pues.

(JEREMÍAS, EL CABALLERO, MÁXIMO y los COMPARSAS salen por la derecha. ANATOL se dispone a seguirles. La voz de ESTHER, le detiene.)

ESTHER.- Anatol.

ANATOL.- (Se vuelve hacia ella, sorprendido.) Sí...

ESTHER.- (Ha cogido el vaso de ron y se lo ofrece a manera de brindis.) Suerte.

(Rápidamente, cae el...)

TELÓN

Cuadro II

La misma escena del cuadro anterior.

Al levantarse el telón se encuentran en escena MÁXIMO, JEREMÍAS, EL CABALLERO, TOMMY y varios comparsas. TOMMY está sentado a caballo

en

una silla junto a la puerta de la izquierda. EL CABALLERO y MÁXIMO, al lado de la mesa camilla. JEREMÍAS, en el arranque de la escalera. ANATOL se halla de pie, casi de espaldas al espectador, próximo a la puerta de la derecha. Los comparsas, en número de diez o doce, están sentados, en el banco del ventanal, en la escalera, con JEREMÍAS y junto a la ventana. Los comparsas, en su calidad de evadidos, vestirán de manera semejante a sus compañeros: jerseys, zamarras, canadienses. JEREMÍAS ya no lleva la guerrera de don Jorge. Es de día.

ANATOL.- Nuestra situación es muy clara. Llevamos en este islote cuatro días. Han pasado siete desde nuestra fuga, y conviene que tracemos nuestros planes para el futuro. Si no se comete ninguna imprudencia, si la vida del islote sigue como hasta ahora, pudiera ser que nadie llegara aquí en bastante tiempo. Como sabéis, un remolcador viene cada tres meses para aprovisionar de víveres a sus gentes y de combustible al faro. (Cruza al otro lado.)

CABALLERO.- ¿Cuándo se le espera?

ANATOL.- El último llegó pocos días antes que nosotros. Gracias a esto, el islote está abastecido y, con ciertas limitaciones, podremos defendernos bien.

CABALLERO.- Habrá que hacer lo que en el mundo de las finanzas llamamos balance de situación.

JEREMÍAS.- Propongo que no lo haga su excelencia.

(Alude a EL CABALLERO. Risas generales.)

CABALLERO.- Esa es una grosería a la que ni contesto.

ANATOL.- Otras cosas importan más. ¿Cómo vamos a escapar de aquí?

Un día u otro, el remolcador volverá a la isla. Lo que tenemos que hacer es huir en él. ¿Estamos todos de acuerdo en eso? (Rumores generales de asentimiento.) Bien, pero hasta entonces necesitamos vivir casi tres meses como un ejército ocupante sobre este islote, entre las quince o veinte personas que lo pueblan y que nos son hostiles, y que procurarán por todos los medios a su alcance denunciarnos. ¿Es así?

TOMMY.- Si los matásemos nos quitaríamos de cuidados.

ANATOL.- Yo soy de los que no lo considero necesario.

CABALLERO.- Convendrá que nos apoderemos de su dinero, o de sus joyas si tienen alguna.

JEREMÍAS.- Propongo que encarguemos de eso a su excelencia.

(Abandona su asiento y se suma a los comparsas del fondo.)

CABALLERO.- Esa es una majadería que desprecio también.

ANATOL.- Pienso, eso sí (Habla ahora gravemente, de cara al público, apoyado en la mesa.) , que será menester que aceptemos y que respetemos... una ley.

TOMMY.- ¡Aquí no queremos leyes! Pues sería bonito... ¿Por qué estamos donde estamos sino por habérmolas quitado de encima?

ANATOL.- Nos quitamos de encima las que hicieron los demás; pero nosotros podemos hacer las nuestras.

CABALLERO.- No tratándose de leyes fiscales...

TOMMY.- Yo no pienso aceptar ninguna.

ANATOL.- Tommy: tú, o estarás fuera de la comunidad, y serás tratado como un bicho, o dentro de ella, y en ese caso sujeto, igual que todos, a lo que se acuerde.

TOMMY.- Estaré fuera.

ANATOL.- No te convendrá hacerlo. En todo caso, tanto si piensas ser de los nuestros como si no... (Se le acerca súbitamente y en tono conminatorio, que no da lugar a réplicas.) dame tus armas...

(ANATOL saca su pistola y se la pone al pecho. TOMMY vacila, mira

en derredor, como si esperase auxilio. Nadie se mueve.) ¡Vamos! ¡En el acto! Sabes que no soy hombre al que le guste repetir las cosas.

(El mismo le cachea y le saca la pistola, que entrega a MÁXIMO.)

¡Y a todos los demás igual os digo: las armas!

(MÁXIMO y JEREMÍAS desarmar a los comparsas del ventanal. EL CABALLERO toma un cajón de madera que hay en el suelo y como si hiciera una colecta, recoge las armas. Sin grandes resistencias, todos van entregando sus pistolas. El espectador oirá el golpe metálico y seco con el que caen unas sobre otras, en el cajón de EL CABALLERO. Concluida la colecta lo deja en la mesa camilla.)

TOMMY.- Y ahora ¿qué? ¿A fusilarnos por la espalda?

ANATOL.- No; ahora, a evitar que cada uno sea capitán... ¿No vinisteis a buscarme para que lo fuera yo? Yo lo seré, entonces, pero con todas sus consecuencias.

MÁXIMO.- Anatol tiene razón.

ANATOL.- He resuelto racionar estrictamente los víveres, armar a aquellos de vosotros que me inspiran confianza y encomendarles la vigilancia del islote. El faro deberá ser especialmente custodiado. Cualquier avería en él alarmaría en la costa. Las lanchas serán varadas mañana mismo. He resuelto proteger a Nancy, a María y a Esther contra cualquier desmán... Otras mujeres jóvenes hay que ya os son conocidas, y cuya administración es cosa vuestra. A quien pretenda informar a la costa, por el medio que sea, de nuestra presencia aquí, se le considerará como traidor y lo pagará con su vida. Que sepan esto bien claro los pobladores del islote. Puesto que la mayoría de vosotros lo quiere así, yo ordenaré cuanto crea conveniente al bien común. Y seré tan duro como haga falta.

TOMMY.- ¿Qué te dispones a ser? ¿Un Araballe?

ANATOL.- Lo que me habéis nombrado: el jefe.

TOMMY.- Yo no soy hombre fácil de ser mandado, te lo prevengo.

ANATOL.- Hace dos minutos perdiste la oportunidad de demostrármelo.

Ahora, sin armas, te costará más caro.

TOMMY.- ¿Me amenazas?

ANATOL.- Bien claro está que sí. Pero no yo, personalmente, sino en nombre de un orden y de una ley.

TOMMY.- Que tú te has inventado.

ANATOL.- Esas son las que se defienden con más coraje, no las que inventaron otros.

TOMMY.- ¿Y eras tú el anarquista?

ANATOL.- El anarquista que había en mí debió ser ejecutado en la mañana de ayer. Desde entonces, me parece como si tuviera derecho a ser distinto.

TOMMY.- A esos resucitados se les llama cínicos.

ANATOL.- (Tras una rapidísima pausa, como si terminara de analizarse a sí mismo, implacablemente.) No lo soy. Para el bien y para el mal, creo haber sido siempre un hombre sincero.

(Transición.)

Amigos: me parece que ya se habló suficientemente. (Se dirige a

dos comparsas cualesquiera.) Cuento con vosotros dos. Y contigo, Benjamín. Y contigo, Sacha. (Sonríe, dando por terminada la asamblea.) Mañana será otro día.

(TOMMY se levanta, airadamente, y es el primero que hace mutis. Le siguen todos los comparsas, y tras ellos, EL CABALLERO y JEREMÍAS. Cuando MÁXIMO va a marcharse, le detiene.)

¡Máximo!

MÁXIMO.- (Con un aire de simpática y afectuosa subordinación.)

¿Qué hay, jefe?

ANATOL.- ¿Jeremías? (JEREMÍAS se había marchado ya y vuelve.)

JEREMÍAS.- (En el mismo tono de MÁXIMO.) Dime, patrón.

ANATOL.- Cuidad de ese arsenal, que es cosa vuestra. (Les señala el cajón que EL CABALLERO dejó en la mesa.) Organizad la vigilancia y los turnos y los relevos. Armad a Sacha y a Benjamín y «al Oruga» y a Robson. Ojo con el resto.

JEREMÍAS.- Su excelencia querrá por lo menos un puñalito. ¿Se lo damos?

ANATOL.- Dadle lo que quiera, salvo una estilográfica, que le haría invencible.

JEREMÍAS.- ¿Algo más, patrón?

ANATOL.- Nada. Gracias.

(Estrecha la mano de JEREMÍAS y la de MÁXIMO. Entre los dos levantan el cajón con las armas y se lo llevan por la izquierda.)

JEREMÍAS.- Adiós. Máximo. Adiós, jefe.

ANATOL.- Adiós. (Se queda solo en escena. Se apoya contra la mesa. Mira el vacío, entre preocupado y soñador. Se le oye decir.)
La ley, la ley...

(Y lentamente cae el...)

TELÓN

Acto II

Cuadro I

La misma escena del acto anterior. Es de noche. Se ven apilados, a derecha e izquierda, varios cajones de madera.

En escena, al levantarse el telón, están JEREMÍAS, MÁXIMO y EL CABALLERO. MÁXIMO concluye de hacer, apoyado en la cómoda, algunas apuntaciones.

CABALLERO.- (A MÁXIMO.) Trae, amiguito, déjame ver tus apuntaciones. A mí me gusta llevar las cuentas con mucho orden.

JEREMÍAS.- A la vejez, viruelas.

CABALLERO.- (Engolado.) ¿Cómo se entiende?

MÁXIMO.- No le haga caso. Son bromas de Jeremías.

CABALLERO.- (A JEREMÍAS.) He sido consejero fundador de la Sociedad de Nuevos Aluminios, gerente de Fuerzas Motrices, de Pabellones Metálicos, de Transportes Fluviales, y director de Explotaciones Agrícolas. Y repito que me gusta llevar las cuentas claras, porque después pasan las cosas que pasan.

MÁXIMO.- Aquí tiene usted éstas, que son la claridad misma.

CABALLERO.- (Se ajusta el monóculo.) Veamos. Cajas de galletas, doscientas. Conservas varias, ochocientas. Pasta italiana. Hombre, qué bien; soy aficionado. Ciento sesenta kilos.

MÁXIMO.- Ciento setenta, señor.

CABALLERO.- (Con aire inocente.) Ah, sí; me había equivocado. Leche, quinientos botes. Mermelada, doscientos cincuenta. Corned beef («cornebif»), quinientos. Café, sesenta kilos.

JEREMÍAS.- Usted es también muy aficionado al café, ¿no?

CABALLERO.- ¿Yo?... Me lo tienen prohibido.

JEREMÍAS.- Pues hay setenta.

CABALLERO.- ¿Dónde aprendió usted los números, amiguito? (Rectifica con el lápiz.) Bien. ¿Y esa otra relación?

JEREMÍAS.- Es de las aves de corral (Con intención), a las que pienso pasar lista a diario, por si falta alguna.

CABALLERO.- ¿Y si falta?

JEREMÍAS.- Primero, la buscaré en su armario o debajo de su cama.

CABALLERO.- ¡Insolente!

MÁXIMO.- No se enfade, señor.

JEREMÍAS.- Si no la encuentro, haré sonar los timbres de alarma.

CABALLERO.- ¡Qué sandez!

JEREMÍAS.- Y si no doy con ella, le abriré el estómago, seguro de encontrarla allí.

CABALLERO.- Más respeto.

JEREMÍAS.- (Irónico.) Usted manda, excelencia.

(EL CABALLERO, dignamente, se aleja un poco de sus compañeros y toma unas notas con un lápiz.)

Oye, Máximo: ¿te esperabas tú una despensa tan bien surtida?

MÁXIMO.- Ni por lo más remoto.

JEREMÍAS.- Cuando pisamos tierra me dije para mis adentros: mal asunto; a apretarse el cinturón, amigo. En la jaula se comía bastante bien.

MÁXIMO.- ¡Qué sabrás tú de eso...!

JEREMÍAS.- Pues claro que sé... Siempre estás presumiendo de todo... Recuerdo yo un almuerzo el día de Navidad, que hasta vino gente de fuera para vernos. De mi filete, por ejemplo, sacaron fotografías. Igual que de esos atunes que pescan los ricos. Y valía la pena. Rebosaba del plato y para que saliera en la foto, tuve que comerme primero las patatas.

CABALLERO.- Si fue usted el que pasó la factura, no me extraña nada.

(MÁXIMO y JEREMÍAS se ríen alborozadamente.)

CABALLERO.- (Con aire de superioridad.) ¡Botarates!...

(Transición.)

Venga, peones: al trabajo. Ya os estáis llevando esto.

JEREMÍAS.- (Se le cuadra burlonamente.) A sus órdenes, excelencia. (Transición.) Pero alguna mano sí nos echará, ¿verdad?

(Entre MÁXIMO y JEREMÍAS se dirigen a la ventana, cerca de la cual hay un saco pesado y grande. ESTHER baja por la escalera. Viste igual que en el acto anterior. Algo busca en la alacena. NANCY llega por la izquierda.)

CABALLERO.- (Con la cortesía de un hidalgo.) Buenas tardes, señorita.

NANCY.- Buenas tardes.

JEREMÍAS.- (Al paso.) Hola, bomboncito.

MÁXIMO.- A cualquier cosa llamas bombón... Tienes el gusto estragado.

JEREMÍAS.- Tú, como eres duque.

MÁXIMO.- Que sé distinguir.

JEREMÍAS.- Acabarás flirteando con un marinero.

MÁXIMO.- (Se le acerca, en tono amenazador.) ¡Jeremías...!

JEREMÍAS.- (Irónico.) ¿«Jiu-jitsu»? (Lo pronuncia con mucho énfasis.)

CABALLERO.- No quiero disputas... Hale, coged el saco.

(Entre JEREMÍAS y MÁXIMO, en efecto, lo cogen y se lo llevan. Hay un cajón cerca de la cómoda. JEREMÍAS, en broma, le da una patada al salir por la derecha, seguido del CABALLERO.)

ESTHER.- ¿Qué hay, Nancy?

NANCY.- Tengo que hablarte.

ESTHER.- Yo creo que se irán, apenas acaben. Espérate.

(EL CABALLERO deshace el mutis... JEREMÍAS le detiene.)

JEREMÍAS.- Caballero: es el de la vergüenza. Por el qué dirán, guárdelo usted.

CABALLERO.- Esa no es mi tarea. Según las instrucciones de Anatol...

MÁXIMO.- ¡Basta de trabajo de ojo!

JEREMÍAS.- Alguna vez ya habrá usted hecho del otro.

CABALLERO.- Sólo para colocar primeras piedras.

JEREMÍAS.- También el zar de Rusia fue destronado.

(EL CABALLERO les mira colérico. Al fin se digna coger el cajón, con el que hace mutis por la derecha. Se le oye tirar e instantáneamente regresa limpiándose el polvo de las manos. MÁXIMO y JEREMÍAS le aguardan en la puerta y, burlándose de él, le acosan hasta que los tres desaparecen por la izquierda. ESTHER y NANCY asisten a esta pantomima sin mezclarse en ella.)

NANCY.- Y este del monóculo, ¿quién es?

ESTHER.- Le llaman «el Caballero». Pero no creo que lo sea. Es un mote que me da mala espina.

NANCY.- Tiene aire de gran señor.

ESTHER.- Sí; aire, sí. ¿Qué sucede?

NANCY.- He visto a Basilio.

ESTHER.- ¡Ah!... Cuéntame.

(Se sientan en torno a la mesa camilla.)

NANCY.- Ayer, de noche. Me desperté... igual que si me hubiesen sacudido. Aún no me explico lo que me pasó. Tuve la corazonada de levantarme. Y le vi enfrente de casa. Me contó que se había puesto a mirar a mi cuarto y a pensar en mí con todas sus fuerzas, y que, gracias a eso, yo me había dado cuenta y me había despertado. ¿Lo crees?

ESTHER.- No sé, Nancy. ¿Dónde se ha escondido?

NANCY.- En la cisterna vieja.

ESTHER.- Dile que se entregue. Tarde o temprano, le descubrirán, y será peor.

NANCY.- Se lo dije, Esther; pero es inútil.

ESTHER.- ¿Y dé qué le sirve exponerse a que le pase algo desagradable?

NANCY.- Él me contesta que es el único hombre libre de la isla y que su deber es salvarnos.

ESTHER.- No salga escarmentado por meterse a redentor.

NANCY.- ... que, aunque ahora no suceda nada, acaso, llegue un momento en que las cosas cambien y, que el día en que aparezca el barco puede ocurrir una catástrofe.

ESTHER.- Bueno. ¿Y qué se le ocurre para evitarla?

NANCY.- Avisar, avisar es su obsesión. Está resuelto a llegar a la costa.

ESTHER.- ¿Cómo? Si el barco tarda dos fechas. Además, ¿no ha visto las lanchas en la playa y con el vigilante?

NANCY.- Sí, menos una... La tuya.

ESTHER.- ¿La mía?

NANCY.- Basilio me lo dijo: Recuérdale a Esther que hay una canoa, no sabe bien dónde, de esas de goma que se usaban para salvamento de los aviadores durante la guerra y que le habían dado a tu padre.

ESTHER.- Ya sé, ya sé, Nancy... ¿Y esa canoa?...

NANCY.- Según Basilio, le basta para llegar a la costa. O a la altura de algún barco que no pase muy lejos. Saldría de noche, claro, del lado de la ermita. Ahora no hay luna y sería fácil. Lo único comprometido es llevarle la canoa. ¿Qué abulta, plegada? Basilio dice que es como una maleta, y no grande. ¿Es cierto?

ESTHER.- Sí...

NANCY.- En tres o cuatro días, supone... Si soplara el viento...

ESTHER.- Pero tú le habrás disuadido de ese disparate, ¿no?

NANCY.- Yo... (Se levanta seguida, a poco, de ESTHER.)

ESTHER.- Porque es un disparate, Nancy, y de los grandes. Imagínate ... Primero, el peligro de que le descubran..., que es bien grave... Ya puedes suponerte que no se andarían con contemplaciones ... Después, el de que se le trague el mar... Hartas estamos de oír hablar de naufragios, y aun de barcos grandes..., conque, un cascarón de nuez... Y más en esta época. ¿Tú le has hecho ver todo eso?

NANCY.- ¿Sabes lo que sucede, Esther? Basilio me convence siempre de que lleva la razón.

ESTHER.- Pero no en este caso.

NANCY.- Pues mira, Esther... También en este caso..., no te lo niego... Es tan fuerte, tan decidido... Da tanta confianza... Y, además..., es que siento un miedo atroz de lo que vaya a sucedernos. Así, que, cualquier proyecto..., no sé..., me sugestiono y acabo encontrándolo bueno.

ESTHER.- Cuidado, cuidado, Nancy. No echemos todo al traste y nos arrepintamos después. Las cosas ya no son como al principio.

NANCY.- ¡Oh, aquéllo fue espantoso! Así, hubiera sido mejor morir. Baltasar, «la Cebra» era un loco. Dios le haya perdonado.

ESTHER.- Anatol es muy distinto.

NANCY.- El jefe, le llaman.

ESTHER.- Y lo es.

NANCY.- Pero ya estarás enterada de que fue el que mató al presidente Araballe.

ESTHER.- Sí... Las ideas ciegan igual que las pasiones; ahora que, claro, no es lo mismo matar por eso..., por estar ciego...,

envenenado, que por robar...

(NANCY la mira como si quisiera sorprender las secretas razones de su defensa.)

Yo lo pienso así... ¿No crees tú?

NANCY.- Sí, claro.

ESTHER.- Ahora, Anatol los tiene sometidos, y le obedecen. Sabe mandarles, ¿comprendes? Y, mientras se siga así, estoy segura de que no correremos ningún peligro. Anatol nos defendería..., no hay duda..., nos defendería...

NANCY.- Muy segura me pareces.

ESTHER.- Son cosas que... no sé ..., se sienten... como si estuviesen en el aire... A lo mejor me equivoco, pero no creo; la verdad.

NANCY.- Mucho confías en él.

ESTHER.- (Se analiza a sí misma.) Pues sí, ¿por qué negarlo? Confío.

(NANCY la mira, a medias en son de reto, a medias inquisitorialmente.)

NANCY.- Ya.

ESTHER.- (Resuelta a afrontar todas las insinuaciones.) ¿Qué miras, Nancy?

NANCY.- Nada, nada, Esther. (Transición.) Bien. ¿Qué le contesto a Basilio?

ESTHER.- Dile que buscaré la canoa. Así, muy exactamente, no sé dónde puede estar.

NANCY.- Bueno, cuando la encuentres me lo dices por Úrsula. ¿Te parece?

ESTHER.- Sí.

NANCY.- Adiós, Esther.

ESTHER.- Adiós, Nancy.

(NANCY se marcha por la izquierda. ESTHER, apenas ha cerrado la puerta, se queda pensativa un instante. Vacila de modo visible. Va a la alacena. Hay en su estante unos cuchillos de mesa. Parece buscar entre ellos uno que le sirva. En este momento, ANATOL pasa por delante de la ventana de la izquierda. ESTHER lo ve, aunque el espectador no. Rápidamente se acerca a la ventana y la entreabre.)

¡Anatol!

(Después, un poco inquieta, como preocupada por lo que ha hecho y, acaso más aún, por lo que va a hacer, espera, desde el centro de la escena, la entrada de ANATOL.)

ANATOL.- (Por la izquierda.) ¿Qué me quieres?

ESTHER.- No, no, nada... He visto que han varado las lanchas en la playa.

ANATOL.- Sí. ¿Le extraña?

ESTHER.- No, ¿por qué? Me parece natural. No vaya a servir cualquiera de ellas para avisar a la costa.

ANATOL.- Es usted muy inteligente.

ESTHER.- ¿Y no hay más en la isla?

ANATOL.- ¿Usted sabe de alguna?

ESTHER.- Sí.

ANATOL.- ¿Dónde está? Le exijo que me lo diga.

ESTHER.- Es absurdo que me lo ordene así, tan autoritariamente.

Comprenda que, si le he llamado, es justo para decírselo. (Le señala la puerta de la derecha.) Baje al sótano. La verá en la estantería, en una caja. Es una canoa de goma...

(ANATOL mira escrutadoramente a ESTHER, cuya actitud no entiende. Abre la puerta de la derecha y hace mutis por ella. ESTHER va a la alacena, que había dejado cerrada, y la abre.)

¿Dio con ella?

ANATOL.- Sí.

ESTHER.- ¿Ve usted como tenía razón?

ANATOL.- ¿Hay un cuchillo o una navaja por aquí?

ESTHER.- (Con enigmática presteza.) En la alacena encontrará lo que quiere. (ANATOL se dirige a la alacena.) ¿Qué va a hacer?

ANATOL.- Inutilizarla.

ESTHER.- No se me había ocurrido.

(ANATOL ha encontrado una navaja, que se guarda en el bolsillo. Desde el umbral de la puerta de la derecha. Con cierta destemplanza.)

ANATOL.- Me gustaría saber por qué... o por quién ha hecho usted esto. (Mutis por la derecha.)

ESTHER.- (Concentrada y oscuramente.) Si yo lo supiera...

TELÓN

Cuadro II

La misma escena de los cuadros anteriores. El ventanal y la ventana están cerrados. Es de noche.

Al levantarse el telón, ANATOL está en escena, en pie, un poco en segundo término, cerca del arranque de la escalera. La puerta de la izquierda se abre y entran MÁXIMO y JEREMÍAS.

ANATOL.- ¿Qué hay?

MÁXIMO.- Acertamos. El ladronzuelo era el Caballero. No podía ser otro.

JEREMÍAS.- Con truquitos a nosotros... ¡Que no, hombre, que no! ¡Que hemos sido cocineros antes que frailes!

ANATOL.- ¿Y cantó?

MÁXIMO.- A los pocos minutos de tratamiento.

JEREMÍAS.- Hubiera cantado ópera, si lo hubiéramos querido.

ANATOL.- Pobre diablo.

MÁXIMO.- No hizo falta que nos esforzáramos mucho. Yo sé «jiu-jitsu».

ANATOL.- Ya.

MÁXIMO.- Total, que a la segunda llave...

JEREMÍAS.- Como un pajarito.

ANATOL.- ¿Y qué?

JEREMÍAS.- Nada. Aquí están las dos moneditas de oro.

ANATOL.- ¿Y dé quién eran?

JEREMÍAS.- De una vieja chocha que llaman... ¿cómo, tú?

MÁXIMO.- La Gorriona.

JEREMÍAS.- Eso. Una usurera, la tía, de tomo y lomo, que bebe más que una esponja.

MÁXIMO.- A mí ya me extrañaba que las cajas de ginebra fueran de diez botellas, según sus cuentas. Eran de doce. Las dos sobrantes se las había vendido, bajo cuerda, a esa bruja.

ANATOL.- Desvergonzado tipo.

JEREMÍAS.- Total, jefe: que la sentencia fue cumplida. Ganas le tenía.

ANATOL.- (Bromea.) Supongo que habrá sido estrictamente la sentencia.

JEREMÍAS.- (Mira a MÁXIMO.) Creo que sí. Trescientos cintarazos. A cincuenta por botella, barato.

ANATOL.- ¿Cómo se comportó el reo?

JEREMÍAS.- Pues..., la verdad, aguantó el tipo más de lo que suponíamos. Desde luego, los cien primeros con monóculo.

ANATOL.- ¿Quién fue el verdugo?

JEREMÍAS.- Nos relevamos. Era demasiado rica la cosa, para que la disfrutase uno solo.

ANATOL.- (Se ríe, a pesar suyo.) Está bien.

(EL CABALLERO surge por la izquierda.)

CABALLERO.- Anatol: lo que se ha hecho conmigo es una vileza.

ANATOL.- ¿Por qué, querido amigo? (Avanza al primer término.)

CABALLERO.- En primer lugar, se ha incurrido en un error judicial. Yo no di las botellas a la Gorriona. Fue ella quien las robó de la bodega.

MÁXIMO.- ¿Y las monedas de oro?

CABALLERO.- Se las exigí yo, como indemnización, cuando descubrí el robo.

MÁXIMO.- Para quedarte con ellas, naturalmente.

CABALLERO.- Por dos monedas de oro yo no me vendo. Pensaba entregárselas a Anatol.

MÁXIMO.- ¿Y por qué no lo hiciste?

CABALLERO.- Por falta material de tiempo.

JEREMÍAS.- Historias. No fue eso lo que nos dijiste antes.

ANATOL.- Tal creo. Mis noticias son que se había declarado culpable.

CABALLERO.- (Señalando a MÁXIMO.) Este sujeto dijo que me iba a aplicar la droga de la verdad, y, acto seguido, me dobló la muñeca. No he visto una bestia más grande en toda mi vida.

MÁXIMO.- Cuidado con las palabras, excelencia, o te duplico la dosis.

CABALLERO.- Dudo mucho que te atrevieras ahora que no me coges desprevenido.

JEREMÍAS.- Cálmate, excelencia, te lo aconsejo.

CABALLERO.- Así, bajo la coacción del terror, ¿qué iba a hacer?

ANATOL.- Todo le acusaba.

CABALLERO.- También podría acusar yo.

ANATOL.- ¿A quién?

CABALLERO.- A estos dos.

MÁXIMO.- Nosotros no somos descuidados, como tú, excelencia.

CABALLERO.- ¿Y yo? ¿Con quién te crees, desdichado, que estás hablando?

JEREMÍAS.- (Le remeda.) «He sido consejero fundador de Nuevos Aluminios, gerente de Fuerzas Motrices de no sé qué y de Pabellones Metálicos de no sé cuántos:..» ¡Bah, chulo de viejas y sanseacabó!

CABALLERO.- ¡Cállese el estrangulador!

JEREMÍAS.- ¡Esto no te lo aguanto!

(JEREMÍAS se abalanza sobre él y le da una sonora bofetada. MÁXIMO se interpone a los dos y los separa.)

ANATOL.- ¡Basta!

CABALLERO.- ¡Miserable! ¡Atreverse a pegar a un cobarde!

ANATOL.- Convendría que cada uno de nosotros hiciera un esfuerzo para olvidarse del pasado de los demás, para considerarse igual que si la vida nos abriera cuenta nueva, con el activo y el pasivo a cero: esto lo entenderá bien usted. (Se dirige al CABALLERO.)

CABALLERO.- A mí se me ha maltratado injustamente.

ANATOL.- Excelencia: en esta sociedad resulta que, lo mismo que en aquella otra, cuyas leyes quebrantamos de distintas maneras, robar unas botellas de ginebra es delito. Mi deber consiste en evitar que nadie se tome por su mano lo que no le corresponde. Si venía a protestar, pierde su tiempo.

CABALLERO.- Habéis nacido para negreros... los tres.

(Y se va por la izquierda. ANATOL hace ademán de salir detrás de él. MÁXIMO y JEREMÍAS le contienen. ESTHER aparece en lo alto de la escalera. Trae unas ropas que, a su debido tiempo, guardará en la cómoda.)

MÁXIMO.- Jefe, no le tomes en serio.

ANATOL.- Tenéis razón.

JEREMÍAS.- ¿Quieres algo?

ANATOL.- (Se le ve preocupado.) No... .

JEREMÍAS.- Te dejamos, entonces.

MÁXIMO.- A propósito, ¿oíste hablar de uno que se llama Basilio?

(ESTHER, que baja en este momento los escalones, oye el nombre y lo acusa.)

ANATOL.- ¿De los nuestros?

MÁXIMO.- No, de los del islote.

ANATOL.- ¿Qué pasa?

MÁXIMO.- Hemos encontrado la lista para los racionamientos de los que viven aquí. En ella figura un tal Basilio Mendes. Pero el tal Basilio no aparece.

ANATOL.- Es extraño...

MÁXIMO.- Estamos preguntando... Ya te tendremos al corriente.

ANATOL.- Sí, sí, averiguad qué es lo que hay.

(MÁXIMO se dispone a marcharse, pero advierte la presencia de ESTHER, que está ya en la cómoda, guardando las ropas.)

MÁXIMO.- (A ANATOL, como si le pidiera la venia.) Tal vez sepa... (ANATOL le invita a interrogarla.) ¿Conoce a un tal Basilio Mendes?

ESTHER.- (Sin volverse.) Sí. Vive aquí. Se volvió a la costa en el remolcador.

MÁXIMO.- ¿El cuatro?

ESTHER.- Claro.

MÁXIMO.- La lista es del cinco.

ESTHER.- Yo nada tengo que ver con eso.

ANATOL.- Preguntad a los demás. Y decidme lo que saquéis en limpio.

MÁXIMO.- Adiós.

JEREMÍAS.- Adiós; jefe. (Se van por la izquierda.)

ANATOL.- Su marido, ¿no sé llamaba Mendes?

ESTHER.- Sí.

ANATOL.- ¿Era pariente de Basilio?

ESTHER.- Usted sabe que hay millares de Mendes. Nada tenía que ver con él.

ANATOL.- ¿Hace mucho que enviudó?

ESTHER.- Tres años.

ANATOL.- (Mira el retrato que hay sobre la cómoda.) ¿Era éste?

ESTHER.- Sí.

ANATOL.- ¿Enfermo ya?

ESTHER.- Estuvo siempre enfermo.

ANATOL.- ¿Y usted lo sabía?

ESTHER.- Claro que sí.

ANATOL.- ¿Por qué se casó entonces?

ESTHER.- Creo que me enamoré de su debilidad.

ANATOL.- Extraño enamoramiento.

ESTHER.- Poco conoce usted lo que es una mujer si eso le extraña.

ANATOL.- Posiblemente. El amor ha ocupado una mínima parte de mi vida y yo sé muy poco de sus secretos.

ESTHER.- Lo siento por usted.

ANATOL.- No se preocupe. Creo que al amor se le concede demasiada importancia. Cuando se vuelva a la Naturaleza y se le despoje de tantos artificios como le mixtifican, recuperará el puesto que de verdad le corresponde.

ESTHER.- ¿Y qué nos darán en su lugar que más valga?

ANATOL.- Hay otras cosas en el mundo que bien merecen que nos apasionemos por ellas.

ESTHER.- No sé. Seguramente soy muy egoísta. Pero el día en que Willy murió, pensé que la vida se me quedaba vacía.

ANATOL.- Para usted, en cambio, si no me equivoco, el amor es lo único que cuenta. ¿No es así? Temo que, sin él, se sienta muy desgraciada.

ESTHER.- La esperanza de enamorarme de nuevo, no me ha abandonado aún. Un día u otro encontraré a alguien y le querré.

ANATOL.- ¿En estas rocas? Me parece difícil. Márchese, apenas pueda. Y sin miedo a la nostalgia.

ESTHER.- ¡Bah! Acaso haya quien crea que estas rocas, como usted dice, son lo mejor del mundo. A usted, de momento, le han salvado la vida.

ANATOL.- Tranquilícese. Probablemente pagaré mi deuda, dejándome la piel en ellas. Si así no fuese, las recordaría siempre con amargura.

ESTHER.- ¿Por qué?

ANATOL.- Porque en este pedazo de tierra he vivido una experiencia dolorosa.

ESTHER.- No sé a qué se refiere.

ANATOL.- Yo tuve una infancia de niño burgués, en un colegio, con oraciones, con fiestas de familia y con diplomas, del que me escapé porque todo me parecía falso. Y me construí, en la cabeza, un mundo,

con unas normas, con unas ideas, con una doctrina, en la que creí ciegamente y por la que luché. Ese mundo que yo me había formado está derrumbándose ahora.

ESTHER.- ¿Y qué puede importarle? Si se derrumba, como usted dice, será porque era falso.

ANATOL.- ¿Y le parece poco grave el descubrirlo?

ESTHER.- Más le vale, que seguir en el error.

ANATOL.- Resultará que yo he ido a conocer la verdad demasiado tarde.

(ANATOL rompe su diálogo. Va al ventanal. Golpea el puño izquierdo contra la palma contraria. Él también parece, ahora, presa de sus recuerdos. Se abre la puerta de la izquierda y entra ÚRSULA. ESTHER se levanta y va hacia ella.)

ESTHER.- ¿Cómo está, Úrsula? ¿Se encuentra bien?

ÚRSULA.- Sí...

(Algo hay en la atmósfera que le intranquiliza, que le pone sobre aviso, que le hace contestar maquinalmente.)

ESTHER.- ¿Quiere que subamos?

ÚRSULA.- Bueno... (E inician el mutis por la escalera.)

ESTHER.- He de hablarle de Basilio.

ÚRSULA.- Sí...

ESTHER.- (Le toca la ropa.) Llovía, ¿no?

ÚRSULA.- Lloviznaba un poco. (Se detiene.) Ese hombre te atrae, ¿verdad Esther? (ESTHER se calla.) Ya no soy la madre de Willy, soy solamente la tuya. ¿Te atrae, verdad? Dime...

ESTHER.- (Hondamente. Como si la confesión la aliviara de un peso enorme.) Sí.

ÚRSULA.- Húyele, hija mía.

(Todo este diálogo lo han mantenido en voz baja. La réplica de ESTHER es, sin embargo, tan viva que ANATOL la oye.)

ESTHER.- ¿Y si no pudiera?...

ANATOL.- (Se vuelve hacia ESTHER.) ¿Sucede algo?

(ÚRSULA y ESTHER se turban visiblemente.)

ÚRSULA.- No, nada...

(Y hacen mutis. ANATOL, se queda pensativo. Al fin se encoge de hombros. Se encuentra, sin saber por qué, con las dos monedas de oro en las manos y juega con ellas. JEREMÍAS, en este momento, entra por

la izquierda.)

JEREMÍAS.- Jefe...

ANATOL.- ¿Qué hay?

JEREMÍAS.- Lo de ese Basilio empieza a tomar mal cariz.

ANATOL.- ¿Por qué?

JEREMÍAS.- Máximo ha preguntado a varios. Han incurrido en contradicciones. Unos que si se había ido en el remolcador del día cuatro. Otros, que faltaba desde hace mucho. En resumen: mi impresión es que Basilio está en la isla, escondido.

ANATOL.- Hay que dar una batida. Si se escondió es porque trae algo entre manos, porque prepara algo.

JEREMÍAS.- Claro, eso pienso yo.

ANATOL.- ¿Es hombre joven?

JEREMÍAS.- Treinta años; era el que mandaba aquí.

ANATOL.- Avisa a los Robson y a Sacha y a Daniel, y mañana, apenas tengamos luz...

(NANCY surge, demudada, por la lateral izquierda. La presencia de ANATOL y de JEREMÍAS la intimida; no contaba con ellos y no les saluda. Incapaz de ocultar su zozobra, cruza la escena precipitadamente en derechura de la habitación de ESTHER.)

JEREMÍAS.- Me atrevería a jurar que ésa sabe más que nosotros.

ANATOL.- ¿Por qué lo dices?

JEREMÍAS.- Me lo da el corazón.

ANATOL.- Pues ya verás qué pronto aclaramos las cosas. (Desde el arranque de la escalera.) ¡Un momento! ¡Haga el favor! (Pausa.)

¿Me oyen? ¿O tengo que subir?

(Se percibe algo así como un forcejeo al otro lado de la puerta.

ESTHER aparece en el umbral.)

ESTHER.- ¿Qué me quieren?

ANATOL.- Nada a usted. Es con su amiga con la que hemos de hablar.

ESTHER.- ¿Qué sucede?

ANATOL.- Le repito que es a su amiga a la que deseamos hablar personalmente.

ESTHER.- Bien. (Hace mutis.)

JEREMÍAS.- (A ANATOL.) ¿Te fijas? Esther daba la cara por ella. Como si la sintiese amenazada. ¿No te parece extraño?

ANATOL.- (Pensativo.) Tal vez...

(NANCY se presenta en lo alto de la escalera. ÚRSULA y ESTHER la escoltan.)

NANCY.- ¿Me llaman?

ANATOL.- Sí. Buscamos a un tal Basilio Mendes.

NANCY.- (Desciende la escalera.) Basilio Mendes... Muy bien.
ANATOL.- ¿Le conoce usted?
NANCY.- Sí.
ANATOL.- ¿Quién es?
NANCY.- No entiendo su pregunta... Es un muchacho, como cualquier otro.
JEREMÍAS.- Su novio, quizás.
NANCY.- Ese es un asunto que sólo a mí me importa. (Habla ya desde el centro de la escena, cerca de la mesa.)
ANATOL.- ¡Calla, Jeremías! Novio o marido nos es igual. Una sola cosa interesa: ¿dónde está escondido?
NANCY.- En ninguna parte, que yo sepa. Se fue en el remolcador.
JEREMÍAS.- ¡Mentira! ¡Hay quien le vio dos días más tarde! Antes de que llegáramos nosotros.
NANCY.- Imposible.
ANATOL.- (A ESTHER, que sigue en el rellano.) Ya oye a Jeremías. ¿Insiste usted en lo que dijo antes?
ESTHER.- No tengo por qué decir lo contrario.
JEREMÍAS.- Falso, falso. Hay quien le ha visto.
NANCY.- Se habrán confundido. Yo misma fui a despedirlo.
JEREMÍAS.- Eso habría que demostrarlo.
NANCY.- Esther me acompañó al embarcadero.
JEREMÍAS.- ¿Y cómo figura en la lista de los residentes?
NANCY.- Yo no soy quien la hizo.
JEREMÍAS.- Sería mucha casualidad que se hubiesen equivocado.
NANCY.- Muy raro no sería tampoco.
ANATOL.- ¡Basta de maniobras! Basilio se ha escondido en algún rincón de la isla. Si se entrega, poco tendrá que temer. Si así no fuese, no respondo de lo que suceda.
NANCY.- ¿Le matarán, verdad?
ANATOL.- Si Basilio se ha escondido, ¿para qué lo ha hecho? Desde que yo mando, ningún crimen se ha cometido, ningún atropello. ¿Por qué lo hizo? Porque lo que se propone es avisar a la costa, aún no sé bien de qué modo, de nuestra presencia en la isla. Acierta usted: si le encontramos podrá costarle muy caro.
NANCY.- ¿Y eso con qué derecho?
ANATOL.- ¿Cómo? ¿Con qué derecho? Esta es una sociedad clavada aquí, en un trozo de tierra, que yo he olvidado ya cómo se ha constituido y quiénes la forman, si escapados de presidio o monjes. Me es igual. Yo sé que estoy al frente de ella y que he de defenderla caiga quien caiga. Y esa convicción es la que me da autoridad para acabar con Basilio y con el mundo entero si la pone en peligro.
NANCY.- (Desafiadoramente.) ¡Pues no sé dónde está!
ANATOL.- También yo acabo de comprender que miente. Hay ciertos tonos de voz que no confunden. Por última vez, diga cuanto sepa sobre él, si no quiere llevarle a una catástrofe.
NANCY.- ¡Nada tengo que decir!
ESTHER.- ¡Yo sí! (Baja la escalera.)
NANCY.- ¡Esther!

ESTHER.- Pero pongo un precio: su vida.

ANATOL.- ¡Sea!

ESTHER.- Basilio...

NANCY.- (Se abalanza sobre ella.) ¡Cállate!

ESTHER.- Basilio...

NANCY.- ¡Cállate, cállate! Pero, ¿por qué vas a hablar? ¡Ah, ya comprendo! Por Anatol; es a él a quien quieres proteger... Los demás no contamos para nada. Temes que Basilio, en libertad, sea una amenaza. Y te da miedo... Ahora me explico muchas cosas... Yo sé por qué descubrieron la canoa de salvamento. Fuiste tú quien dijiste dónde estaba escondida. ¡Tú, tú! Si no, acaso a estos bandidos les habrían colgado ya. Y tú lo impediste, porque estás enamorada de Anatol y le defiendes... No pagas con la muerte el daño que vas a hacer a Basilio.

ESTHER.- Voy a salvarle, aunque tú no lo entiendas. (A ANATOL.)
Está aquí, en la isla.

ANATOL.- ¿Dónde?

ESTHER.- En la cisterna vieja, hasta hace unas horas. (NANCY, sollozante, se refugia en los brazos de ÚRSULA.)

ANATOL.- ¿Cómo hasta hace unas horas?

ESTHER.- Sí, cuando Nancy fue a verle no le encontró ya.

ANATOL.- (A JEREMÍAS.) Pues es preciso dar con él. Y sin perder un minuto. De la isla no ha podido salir. Y hay que encontrarle vivo, ¿me entiendes?

JEREMÍAS.- Sí, jefe. (Se dispone a hacer mutis por la izquierda. Un rumor de voces, que viene de fuera, le detiene.)

ANATOL.- ¿Qué sucede?

(JEREMÍAS abre la puerta. MÁXIMO, TOMMY, DANIEL y EL CABALLERO, en unión de los comparsas, se presentan en escena.)

TOMMY.- ¡Han matado al vigilante!

ANATOL.- ¿Quién?

TOMMY.- No lo sabemos. Y una de las lanchas, falta.

JEREMÍAS.- Basilio ha sido. No hay duda.

ANATOL.- Tenemos que impedir que escape.

TOMMY.- (Mordazmente.) Ya nos dirás cómo, capitán.

UNA VOZ.- (Desde dentro.) ¡Ehhh! ¡Ehhh! ¡Mirad, mirad!

(La voz lejana debe ser dada desde lo alto del escenario.)

JEREMÍAS.- (Hace mutis por la izquierda. Grita.) ¿Qué hay, Sacha?

UNA VOZ.- ¡Mirad, mirad!

JEREMÍAS.- (Deshace su mutis.) Es Sacha, desde el faro. Señala al mar.

(NANCY, velozmente, abre la ventana del foro. Un gran haz de luz intermitentemente parece proyectarse en la lejanía.)

ANATOL.- ¡Una lancha! ¿No la veis? (Levísima pausa.) ¡Ahora, con la luz del faro! ¿La veis?

MÁXIMO.- Sí, sí.

(Todos se han acercado a la ventana. NANCY se despega de ellos y avanza al primer término.)

ANATOL.- ¿Es ese Basilio?

NANCY.- Sí, ese. ¡Ya no le alcanzáis!

ANATOL.- Con otra lancha, no. Pero con un rifle, sí. ¡Jeremías! ¿Me oyes? Ya sabes lo que tienes que hacer.

JEREMÍAS.- Sí, jefe. (Sale velozmente por la derecha.)

ANATOL.- Doce años atrás, mi puntería no fallaba fácilmente en un caso de estos. Creo haber perdido muy pocas facultades.

NANCY.- ¿Qué intenta, miserable? ¿Asesinarle?

ANATOL.- ¿Quién habla aquí de asesinatos? Yo voy, sencillamente, a pasarle por las armas.

TELÓN

Acto III

Cuadro I

La misma escena de los actos anteriores. Las ventanas están cerradas.

Al levantarse el telón, TOMMY acaba de entrar por la izquierda. Anda cautelosamente. Ve abiertos los contras del ventanal y los cierra. Hace lo mismo con la puerta de la derecha. Se le advierte nervioso y preocupado. Se acerca a la ventana de la izquierda y atisba por ella. Alguien pasa. Es EL CABALLERO.

TOMMY.- (Con cierta cautela.) ¡Eh! ¿Dónde vas, Excelencia? Entra, conviene que hablemos.

(EL CABALLERO le obedece y entra, en efecto, por la izquierda.)

CABALLERO.- Si me hubiese encontrado al Emperador de la China no me habría sorprendido tanto. ¿Qué haces aquí?

TOMMY.- (Petulantemente.) ¡Psch!

CABALLERO.- Ah, ya me supongo... ¡Je, je, je!...

(Se ríe con TOMMY, entrecortada y maliciosamente, de un tercero a quien no nombran, aunque, la verdad es que no hace falta. TOMMY remolonea un poco, hasta que la risa del CABALLERO arrastra la suya. Es una risa a borbotones, al principio. Más ligada después.)

TOMMY.- Je je jeje... jejejeje...

CABALLERO.- Estupendo, Tommy. Oye: ¿y si viene acompañada?

TOMMY.- No hay miedo. Salió a llevar a Úrsula a su casa.

CABALLERO.- Ya había oído decir que las mujeres no se te resistían.

TOMMY.- ¡Bah, bah!... Algunas dan más guerra que otras.

CABALLERO.- Te dejo, entonces, no sea que...

TOMMY.- Aún tardará. (Transición.) Y escúchame: quería decirte que lo que hicieron contigo el otro día me parece una canallada.

CABALLERO.- ¡Puah!... A mí esas cosas me resbalan. Son... pequeños, ¿comprendes, Tommy?, no grandes señores... Se imaginan que yo voy a mancharme las manos por dos moneditas de oro que es lo que ellos harían. Si, si... (Se le confía.) Esto no se lo he dicho a nadie.

Ni a mi abogado. ¿Sabes lo que me valió la operación de los Bonos de Fundador de Fuerzas motrices?

TOMMY.- No sé...

CABALLERO.- Calcula.

TOMMY.- ¿Tres millones de pesos?

CABALLERO.- Catorce... Y que esos imbéciles supongan que por dos monedas...

TOMMY.- ¡Qué barbaridad! Catorce millones... ¿Y cómo te dejaste coger los dedos?

CABALLERO.- Perdona. He dicho que me valió, pero he debido decir que me hubiera valido. (Reacciona.) Mira, Tommy, ya que uno juega, ponerse a ganar fuerte para quedarse tranquilo el resto de la vida... ¿Eh? Pero no para seguir trampeando. Y yo sé que tú piensas lo mismo que yo. Por eso nos entendemos. Aunque operemos con distinta técnica. Lo de la ambulancia del expreso fue un golpe magnífico.

TOMMY.- Sopló el viento en contra.

CABALLERO.- Bueno, luego quedan los imponderables y unas cosas salen y otras se van al demonio. Por nuestras intenciones se nos debe medir y no por nuestra suerte. ¿Qué llevaba la ambulancia?

TOMMY.- Sólo en valores declarados, cerca de seis millones.

CABALLERO.- ¿Cuántos erais vosotros?

TOMMY.- Yo, Jacobo y los Mellizos, que palmaron cuando escapaban y Baltasar, «la Cebra».

CABALLERO.- Fíjate: os redondeabais.

TOMMY.- Te advierto que la parte de Baltasar está bien escondida y que como ha muerto y no era casado, le heredó yo.

CABALLERO.- ¿Ah, sí? ¿Tienes el dinero a mano?

TOMMY.- Casi... En la costa, claro. (Mira por la ventana, cuya contra entreabre.)

CABALLERO.- Ya me imagino. (Se le alegran los ojos.) Pues oye, hemos de hablar, yo sé de un negocio de minas de primer orden.

TOMMY.- De acuerdo. A mí tú me caes bien. Tienes seso que es muy útil. Y sin presumir. No como otros que se creen que han descubierto la pólvora.

CABALLERO.- ¡Bah! Son vanidosos. Parecen tenores.

TOMMY.- ¿Qué se habrá imaginado ése?

CABALLERO.- Puntería es lo único que tiene.

TOMMY.- Tampoco yo soy manco.

CABALLERO.- Eso sí. Al tal Basilio se lo cargó como a un conejo. Igual que a Arabelle.

TOMMY.- Pero eso no es bastante para que nos mire por encima del hombro, se me ocurre a mí.

CABALLERO.- Desde luego que no.

TOMMY.- Ni para que nos mande como a reclutas.

CABALLERO.- Justo.

TOMMY.- ¡Qué ínfulas! ¡Si pudiese ponerse uniforme, se lo pondría!

CABALLERO.- Y usaría espadín y caballo. A estos tíos me los sé de memoria.

TOMMY.- Tanto anarquismo y tanta zarandaja...

CABALLERO.- Hipocresías... Lo que quieren no es que no mande nadie, sino que no manden los otros, para mandar ellos.

TOMMY.- Y si al menos lo hicieran bien. Pero hay que ver... ¿Tú crees que a Baltasar le habría podido pasar lo de la lancha?

CABALLERO.- Claro que no. Bueno, Baltasar querría cargárselos a todos, o sea, que las hubiese dejado sin tripulantes.

TOMMY.- Y a mí. ¿Crees tú que a mí me habría pasado?

CABALLERO.- Tú serías un jefe estupendo.

TOMMY.- ¿Qué piensan los otros?

CABALLERO.- Lo mismo que yo.

TOMMY.- Dime, Caballero, ¿te encuentras a gusto con Anatol?

CABALLERO.- ¡Qué va, hombre! Ni por soñación.

TOMMY.- ¡Ay!, merecías que te ahorcaran, amiguito. Tú fuiste uno de los que le auparon.

CABALLERO.- No te extrañe. Eso sucede con frecuencia. Aúpas a uno, como tú dices, y luego te tiras de los pelos por haberle aupado.

TOMMY.- Ayúdame... No os iría mal mandando yo...

CABALLERO.- Estoy seguro.

TOMMY.- Al tal Anatol pienso gastarle una broma.

CABALLERO.- (Con vileza.) Se la merece.

TOMMY.- A mí el que me la hace me la paga. Ya se lo canté en una

ocasión. Y el que avisa no es traidor.

CABALLERO.- (Inquieto.) Sólo que... te voy a dar un consejo. De momento, Anatol es... ¿cómo diríamos?... muy útil, no, pero aprovechable. Esperemos primero, y después...

TOMMY.- (Imperceptiblemente defraudado.) ¿Tú crees...?

CABALLERO.- (Esperanzador.) Hay muchos días...

TOMMY.- No sé si se me acabará antes la paciencia.

(Va a la ventana de la izquierda. La entreabre. Transición.)

Caballero, lárgate. Úrsula ha llegado. Acaban de encender la luz.

¿No ves la casa que utilizamos de cárcel los primeros días?

CABALLERO.- Sí.

TOMMY.- Que está enfilada aquí...

CABALLERO.- Ah, ya, la de al lado.

TOMMY.- Justo.

CABALLERO.- Pues enhorabuena de antemano.

TOMMY.- La prefiero después de la boda. (Transición. Con profunda alarma.) ¡Cuidado! ¡Mira!

CABALLERO.- (Mira por la ventana de la izquierda.) ¡Demonio! ¿Qué hacemos? (Súbitamente saca del bolsillo una llave que le enseña.)

La llave del almacén. Ven conmigo.

(TOMMY vacila un momento. Se advierte que no le agrada tomar aquella determinación, que le avergüenza un poco. Sin embargo, no le queda otro remedio y, en seguimiento del CABALLERO, hace mutis por la derecha. La escena permanece vacía unos segundos. Al cabo de ellos, ANATOL aparece por la izquierda. Recorre la escena con la mirada. Algo extraño advierte en ella, pero no adivina qué pueda ser. Se acerca, tras esta inspección sumaria, al borde de la escalera y llama a ESTHER.)

ANATOL.- Esther... (Pausa.) Esther...

(Nadie contesta. Entonces sube por la escalera y hace mutis. Ya, desde dentro, se le oye llamar a la puerta. Ni de una manera cómplice ni de una manera autoritaria. Llama, sencillamente.)

Esther... Esther...

(Vuelve a escena. Nadie le responde. No sabe qué hacer, duda si marcharse. De pronto, la puerta de la izquierda se abre y ESTHER aparece en ella.)

Buenas noches, Esther.

ESTHER.- (A medias sorprendida, a medias emocionada.) Buenas noches. ¿Llegaba tarde?

ANATOL.- No.

ESTHER.- He querido hablar a Nancy.

ANATOL.- ¿Y lo hizo?

ESTHER.- No. No me ha abierto la puerta. La he oído insultarme como una loca. Y he comprendido que no me perdonaría jamás.

ANATOL.- Nancy es injusta. Si hubiésemos cogido a Basilio en su escondite, habría salvado la vida. Y se la debería a usted.

ESTHER.- Mi intención era esa. Pero ella no quiere entenderlo.
(Transición. Pesadamente.) Ni nadie en la isla.

ANATOL.- Lo sé.

ESTHER.- Me miran como si les hubiese traicionado, como si yo tuviera la culpa. Sólo Úrsula sigue igual que antes.

ANATOL.- Ya acabará todo y, entonces, estos días, le parecerán un mal sueño.

ESTHER.- Escúcheme; pasa algo que... he dudado si decírselo o no...

ANATOL.- ¿De que se trata?

ESTHER.- Hoy, mañana, al otro... podría llegar un barco a la isla.

ANATOL.- ¿Cómo?

ESTHER.- Es un ballenero que sale de la costa en estas fechas. Está un mes o dos en alta mar y luego vuelve. En ocasiones, la tripulación la completa aquí. Cuando hay aspirantes... se pone una señal en el semáforo... Entonces, el ballenero se detiene y los embarca. Si no, sigue de largo. La señal es... un gallardete azul.

ANATOL.- (Después de una pausa.) Es una noticia difícil de pagar, Esther.

ESTHER.- Nada le pido a cambio.

ANATOL.- ¿Por qué me la da? Si su gente la oyese, su situación se haría más incómoda aún. ¿No es así?

ESTHER.- Quizás.

ANATOL.- Hay ciertas cosas que no entiendo bien. Usted me dijo dónde estaba guardada la canoa para que Basilio no la utilizase... y no expusiera su vida, ¿verdad?

ESTHER.- Sí.

ANATOL.- Usted descubrió su escondite, porque temía nuestras represalias si le encontrábamos. (Con una leve insinuación de sonrisa, un poco amarga.) Nancy lo explicó de otra manera.

ESTHER.- Estaba excitada, fuera de sí. No se daba cuenta de lo que decía.

ANATOL.- Tiene usted toda la razón. Sus explicaciones eran un puro disparate. Proteger a Basilio, librarle del riesgo de su propia audacia. Ese era su propósito.

ESTHER. Sí....

ANATOL.- Y ahora lo que desea es que abandonemos la isla cuanto antes... ¿Me equivoco?

ESTHER.- Tal vez no.

ANATOL.- El remolcador tardaría dos meses normalmente en llegar... El ballenero puede presentarse mañana mismo... Ganar tiempo. Esa es su intención, ¿verdad?

ESTHER.- Sí, claro, pero no olvide tampoco que cuanto más distancia pongan entre la costa y ustedes mejor es. El refugio que han elegido a la larga no les resuelve nada. Un remolcador no desaparece así como así, aun suponiendo que se apoderen de él, sin que se le busque

después. En cambio, este otro barco sale sin fecha fija de regreso y a nadie ha de extrañar su falta hasta que pasen algunos meses. En ese tiempo, las cosas... a lo mejor cambian de aspecto.

ANATOL.- Veo que tiene todo bien estudiado.

ESTHER.- Por otra parte... nada me importa el que usted sepa que... desde el primer día... (Se rectifica.) Bueno, casi... he sentido miedo de que a usted pudiera pasarle algo malo... Y he procurado evitárselo...

ANATOL.- Por eso es también por lo que me habla hora.

ESTHER.- Claro que sí.

ANATOL.- No lo olvidaré nunca, Esther.

(ANATOL hace ademán de marcharse. Está violento, poco dueño de sí.)

ESTHER.- (Ingenuamente, con decepción.) ¿Se va usted?

ANATOL.- La llegada de ese barco vale la pena de que nos encuentre preparados.

ESTHER.- (De un modo impreciso.) Tiempo hay...

ANATOL.- (Súbitamente, se acerca a ella y le aprieta el brazo.)

¿Me quiere?

ESTHER.- (Con un tono de visible sufrimiento.) ¿No ve usted que es eso lo que yo me estoy preguntando a mí misma desde hace muchos días?

ANATOL.- ¿Y por qué?

ESTHER.- Desde que le vi mandar, sin palabras apenas, sin proponérselo..., comprendí que era usted mejor que los demás. Sé que es usted duro, pero no cruel..., y que, a pesar de sus errores y de su vida pasada, su alma es... no sé cómo decirle..., noble...

ANATOL.- Me hace bien oírlo.

ESTHER.- También sé que no teme a la muerte, aunque crea que le ronde... Alguna noche he soñado que obedecerle... y estar a su lado bastaría para hacerme feliz.

ANATOL.- (Con vehemencia.) Es absurdo que se deje sugestionar por esas sensiblerías. Usted es demasiado fuerte para permitirse esa flaqueza. Piense en lo que soy, en donde me ha conocido y por qué. Y siga su camino, como si no me hubiera visto nunca.

ESTHER.- (Inicia el mutis por la escalera del fondo.) Sí. Ya sé que es eso lo que debo hacer.

ANATOL.- Pues hágalo, créame.

ESTHER.- Sólo que hay momentos en los que esta mujer fuerte, como usted dice, parece como si no tuviera fuerzas.

ANATOL.- (Conmovido.) ¡Pobre niña!...

ESTHER.- Buenas noches, Anatol.

ANATOL.- Buenas noches, Esther.

(Mutis de ESTHER. ANATOL permanece aún algunos segundos en escena. Aún no se adivina por qué optará; si por seguir a ESTHER o por hacer mutis también. Es a esto último a lo que se resuelve, no sin un

proceso de íntima vacilación, que el espectador supondrá, aun cuando ningún movimiento del actor le dé pábulo para creerlo así. ANATOL, pues, se va por la izquierda. La escena queda vacía unos segundos. EL CABALLERO y TOMMY, llegan, ahora, por la derecha.)

CABALLERO.- (A media voz.) ¿Qué vas a hacer, Tommy?

TOMMY.- Déjalo de mi cuenta.

CABALLERO.- Escucha, Tommy... A mí, por lo poco que he oído..., me parece que la tal Esther anda, así, del lado de Anatol...

TOMMY.- Tú no sabes nada de mujeres, excelencia.

CABALLERO.- ¿Crees tú... que cuando la hables...?

TOMMY.- Pues naturalmente... Me las conozco al dedillo.

(EL CABALLERO ríe con servilismo.)

CABALLERO.- ¡Eres grande, Tommy!

TOMMY.- Ya te contaré mañana...

CABALLERO.- (Se refiere a ESTHER, con la mirada.) Eso sí. La tienes a punto de caramelo.

TOMMY.- ¡Hale, vete con viento fresco!

CABALLERO.- Que lo pases bien...

(TOMMY le acompaña hasta la puerta, la cierra tras él y le echa el cerrojo. Entonces quedamente, sube la escalera. Se le oye llamar, con los nudillos, en la puerta de ESTHER.)

ESTHER.- (Desde dentro. Con voz ahogada.) ¡Anatol!

(Hay una pausa. Se oye el ruido de la puerta al abrirse. Y un grito terrible.)

¡Ayyyyyy!

(Y, sobre la escena vacía, cae el...)

TELÓN

Cuadro II

Cuando el telón se levanta sobre la escena de siempre, MÁXIMO y EL CABALLERO están ante la ventana del foro, abierta de par en par, por la que penetra la luz de un claro día. Un grupo de evadidos les acompaña. ANATOL y JEREMÍAS entran por la izquierda.

ANATOL.- Atención.

(Todos se la prestan.)

MÁXIMO.- ¿Qué hay?

ANATOL.- Ese ballenero atracará antes de una hora.

(La noticia provoca una general alegría.)

MÁXIMO.- ¡Estupendo!

ANATOL.- Ha llegado el momento de salir de este islote. Sacha, «el Oruga» y Daniel vendrán conmigo. Máximo también. Pienso que el sorprender la tripulación no resultará muy difícil. Con un poco de suerte, la victoria es nuestra.

CABALLERO.- ¿Tendrá camarotes bastantes?

ANATOL.- Dormir en cubierta es más sano que dormir en la cárcel. El problema no es ése, sino saber adónde huimos. Casi todos los que escaparon con nosotros y quedaron en la costa han caído en manos de la Policía. No nos hagamos ilusiones: será difícil que evitemos ese final, pero podemos aplazarlo. Filtrarse en una gran ciudad cualquiera: esa sería nuestra salvación; pero no sé cómo ni de qué manera lograrlo. Aún hay, sin embargo, islas desiertas y parajes sin poblar en los que permanecer ignorados y libres de persecuciones algún tiempo no es imposible. La vida allí será dura y difícil, pero aquellos de quienes hemos escapado no perdonan, y la elección es clara. ¿Estáis conformes?

JEREMÍAS.- Sí, jefe.

(Rumores de general asentimiento.)

ANATOL.- Así, pues, continuaremos juntos nuestra aventura. Pero uno habrá, entre nosotros, a quien será preciso que juzguemos antes. (A JEREMÍAS.) Traed a Tommy. (JEREMÍAS y MÁXIMO hacen mutis por la derecha.) Tommy, en este mismo lugar, hace dos noches solamente, asaltó y dio muerte a Esther. Primero esperó a encontrarla sola. Después, la cortejó. Por último, se vengó de su repulsa acuchillándola. ¿Es así, Tommy?

(TOMMY aparece por la derecha. Viene esposado. MÁXIMO y JEREMÍAS le escoltan.)

TOMMY.- (A todos. Les muestra las esposas.) ¿Verdad que esto os recuerda algo? ¿Eh? ¿No os sentís unos meses más jóvenes?

MÁXIMO.- ¡Cállate, Tommy!

TOMMY.- ¿Qué sois? ¿Medio hombres? ¿Cómo toleráis esto? Ya no hay diferencia entre Anatol y el guardián de nuestra galería. ¿Qué pasa con Esther? Se puso brava y eso es todo. Yo no tengo por qué aguantarle desplantes a nadie. Se me subió la sangre a la cabeza y en paz. ¿Es que muchos de los que me estáis oyendo no hubierais hecho lo mismo? ¿No lo hicisteis ya alguna vez? Tú, Gordón, por ejemplo, no eres novato. A ti te engancharon por eso. ¿Y vas a aguantar que a estas alturas me jueguen a mí la misma mala pasada?

ANATOL.- Gordón: yo también te pregunto. ¿Está bien que castigemos a Tommy?

(Se produce una pausa.)

GORDÓN.- (Con voz grave.) Está bien.

TOMMY.- ¡Miserable! ¿Y tú te atreves...?

ANATOL.- Yo te explicaré por qué. Es que ahora comprende que lo que tú has hecho va en contra de un orden que él tiene la obligación de mantener, igual que vosotros, igual que yo. Y que tu crimen ha roto ese orden. Los delincuentes de ayer somos los jueces de hoy.

TOMMY.- ¡Pamemas!

ANATOL.- Tal vez ese salto lo hayan dado muchos de los que están aquí sin sentirlo: pero yo, con dolor. Un mundo sin leyes: ése fue mi sueño de adolescente. Y mira por dónde me ha correspondido a mí, en este pequeño mundo nuestro, la tarea de implantarlas. Aún hay algo peor: las mismas leyes de la sociedad contra la que me alcé he tenido que ir aplicándolas, una tras otra. Si yo confesase en voz alta en qué creo hoy, el presidente Araballe se levantaría de su tumba para preguntarme: -¿Y tú disparaste contra mí para esto?

TOMMY.- En resumidas cuentas: ¿hasta cuándo va a durar la farsa?

ANATOL.- Un par de ametralladoras de la Policía podrían acabarla en cualquier momento. Aquí o allí, donde el azar nos lleve.

TOMMY.- Bueno, basta de mitin. ¿Qué pensáis hacer conmigo?

ANATOL.- En cuanto a eso, lo primero que se me ocurrió a mí fue colgarte, sin contemplaciones. Hubiera sido un bonito espectáculo verte bailar en el palo del semáforo. Pero después cambié de opinión. Era estropear la mejor vista del islote.

TOMMY.- ¿Qué es lo que vais a hacer?

ANATOL.- (Se dirige a los demás.) Yo entiendo que Tommy no tiene derecho a salvarse con nosotros.

TOMMY.- ¿Cómo es eso?

ANATOL.- En la misma cárcel en que fuiste encerrado (Señala vagamente a la izquierda.) te dejaremos al marcharnos.

TOMMY.- Eso es entregarme, ¿no?

ANATOL.- Eso es; por de pronto, expulsarte, prescindir de ti como de un leproso, cuyo contagio se huye. Mil años de cárcel hemos merecido, entre todos, que echaremos al mar por la borda del barco.

Y si un día pisamos de nuevo tierra firme, lo haremos limpios de culpa, como si naciéramos por segunda vez. Tú tienes las manos sucias de la sangre de Esther y no te queremos a nuestro lado.

TOMMY.- Y vosotros, ¿qué? ¿Valgo menos para vosotros que la amante de Anatol?

ANATOL.- Cuidado, Tommy. De haber sido mi amante, acaso uno de los dos faltaría aquí.

TOMMY.- Más de hombres hubiera sido resolver la cuestión de esa manera.

ANATOL.- Ya no es hora de desafíos.

TOMMY.- La vida da muchas vueltas. Si me salvo, juro que no descansaré hasta matarte.

ANATOL.- Me doy por enterado.

TOMMY.- ¿Estáis conformes entonces? Si me cuesta creerlo....

¿Ninguno de vosotros es capaz de...?

SACHA.- Cállate, Tommy, y no des la lata...

TOMMY.- Pero tú, Oruga... Y tú, Robson...

SACHA.- Anda, Tommy, que te zurzan...

TOMMY.- Sacha, es imposible que tú...

SACHA.- Prrrrr...

(SACHA le hace la trompetilla. Es una trompetilla insolente, prolongada, que todos celebran con risas estrepitosas.)

ANATOL.- (A MÁXIMO y JEREMÍAS.) Fuera con él. Hemos concluido.

TOMMY.- (Se dirige a sus compañeros.) ¡Ayudadme!

MÁXIMO.- Basta, Tommy. Es inútil.

TOMMY.- Rebelaos contra este miserable. ¡No consintáis que me entregue!

(MÁXIMO y JEREMÍAS le cogen entre los dos y se lo llevan por la izquierda.)

¡Hato de cobardes! ¡Traidores! ¡Hijos de perra, hijos de perra!...

(Profiere todos estos insultos al borde del mutis. Nadie pestañea.

ANATOL, cruzado de brazos, permanece en silencio. GORDÓN hace ademán de levantarse, como si fuera a golpearle. ANATOL le detiene.)

ANATOL.- ¡Quieto!

(Entonces, lejanamente, se oye la sirena del ballenero. Las miradas de todos se vuelven hacia la ventana de la derecha.)

CABALLERO.- Ya ha atracado.

ANATOL.- Y ahora, cada uno a su puesto. Por segunda vez, vamos a huir de la cárcel.

(Y, rápidamente, cae el...)

TELÓN

Cuadro III

La misma escena. Luz de tarde. Si es posible, oscurecerá muy tenuemente. El ruido del mar se oirá muy pocas veces y muy lejano.

Al levantarse el telón, ANATOL, frente al ventanal, parece abstraído en sus pensamientos. MÁXIMO llega por la izquierda.

ANATOL.- ¿Qué hay, Máximo?

MÁXIMO.- Jefe: el barco no está muy sobrado de provisiones. He pensado que convendría añadirles parte de las del almacén.

ANATOL.- (Un poco indiferente.) Sí, sí, conforme.

MÁXIMO.- Vamos a llevárnoslas; nos harán falta.

ANATOL.- Sí, sí...

MÁXIMO.- (Confidencial.) La gente anda entusiasmada.

ANATOL.- Más vale.

MÁXIMO.- Todo ha ido a las mil maravillas.

ANATOL.- Ni una gota de sangre: de eso me alegro.

MÁXIMO.- La sorpresa, jefe. Si no, cualquiera adivina.

ANATOL.- ¿Hablaste con los tripulantes?

MÁXIMO.- Claro. Les he preguntado -ah, eso tiene interés- qué se decía de nuestra fuga.

ANATOL.- ¡Ajá!... ¿Y qué?

MÁXIMO.- Se supone que la selva nos ha tragado y que es casi seguro que hayamos muerto o que nos falte poco.

ANATOL.- En el islote, ¿no pensó nadie?

MÁXIMO.- ¡Qué va! Se han quedado con la boca abierta al enterarse de quiénes éramos. Jefe: déjame que te diga que estuviste estupendo.

ANATOL.- Las armas, ¿las llevasteis?

MÁXIMO.- Sí, están a bordo. El Caballero se ha encargado de eso. ¿A qué hora nos vamos?

ANATOL.- Apenas oscurezca. Convendrá ocultar el rumbo a los del islote.

MÁXIMO.- Bueno. Nosotros terminamos en seguida, Aquí está la gente.

(Por la izquierda, EL CABALLERO, JEREMÍAS, GORDÓN y dos evadidos.)

JEREMÍAS.- ¡Colosal, jefe!

(ANATOL le da un afectuoso palmetazo en el hombro.)

MÁXIMO.- (A JEREMÍAS y sus dos colegas.) Hale, acabemos.

(Les invita al mutis por la derecha. Simultáneamente, entra ÚRSULA por la izquierda.)

ÚRSULA.- Quería... recoger algunas cosas de... Esther. ¿Puedo hacerlo?

ANATOL.- Recoja cuanto guste... Todo está como ella lo dejó.

ÚRSULA.- Gracias... Pues, entonces... (Y hace mutis, por el foro.)

MÁXIMO.- (Surge por la derecha con un papel y lápiz.) Tú, Jeremías, quédate aquí. (Le señala su puesto, junto a la lateral derecha. JEREMÍAS le obedece.) Tú, excelencia, en el centro. Tú, bicho (A GORDÓN, que le mira de mal talante), en la puerta. En tres minutos, listo todo.

(El COMPARSA va entregando a JEREMÍAS unos cajones. Este, a su vez, al CABALLERO, y EL CABALLERO a GORDÓN, y éste al otro comparsa, el cual hace mutis por la izquierda, brevísimamente, y regresa para recoger la siguiente entrega, cada vez. MÁXIMO toma nota de cada cajón que sale del almacén, como un escrupuloso contador. Después se acerca a ANATOL, con el que se retira un poco a segundo término. EL CABALLERO recibe la primera entrega de manos de JEREMÍAS con un aire casi despreciativo. El diálogo que sigue se mantiene sin que la acción de carga y descarga se interrumpa, excepto en los momentos marcados.)

JEREMÍAS.- No pongas esa cara, hombre... ¿Estás muy disgustado por lo del otro día?

CABALLERO.- No ofende quien quiere, sino quien puede.

JEREMÍAS.- ¡Eh!... Que vengo por las buenas, caramba.

CABALLERO.- Como si vinieses por las malas.

MÁXIMO.- (Interviene.) Excelencia: no seas rencoroso. Trae la ramita de olivo en el pico. Es una paloma.

CABALLERO.- Así, a primera vista, parece un cuervo.

JEREMÍAS.- Sin faltar, Caballero, sin faltar.

CABALLERO.- ¿Y qué es lo que se me quiere?

JEREMÍAS.- La mano, hombre; que no me gusta tener enemigos, y tú me caes simpático. Y que si pasó lo que pasó, fue porque tú me llamaste lo que me llamaste.

CABALLERO.- Vaya, hombre...

JEREMÍAS.- Cuando le ofenden a uno, es natural perder los estribos. Luego, ¡qué demonio!, también se arrepiente uno.

GORDÓN.- (Con aviesa intención.) ¿Qué le llamaste, Excelencia?

(EL CABALLERO le mira un momento y no le responde; en el fondo, la pregunta de GORDÓN le parece impertinente.)

CABALLERO.- ¡Bah, no hace al caso!

(JEREMÍAS se queda un momento con el cajón de turno en la mano, sin pasárselo al CABALLERO. Le mira, retador, a GORDÓN.)

JEREMÍAS.- Me llamó estrangulador.

CABALLERO.- (Conciliador.) Bueno, siempre se exagera.

JEREMÍAS.- (Prosigue su tarea.) Pues mira, en mi caso, no. Yo me estrené con un centinela japonés en El Guadalcanal. La cosa salió bien, y me citaron en la orden del día.

GORDÓN.- ¡Demonio! No sabíamos nada.

JEREMÍAS.- Tú sabes muy pocas cosas, Gordón. Eres demasiado bruto tú para saber nada.

GORDÓN.- Sigue contando, hombre, que es divertido. (Continúa la tarea.)

JEREMÍAS.- La segunda vez que lo hice me ascendieron a cabo, y la tercera me dieron una medalla.

CABALLERO.- (Un poco impresionado.) ¡Ah!, ¿japoneses todos?

JEREMÍAS.- Sí, señor.

GORDÓN.- ¿El cuarto fue el cajero del Banco Federal de San Francisco, Jeremías?

MÁXIMO.- Gordón: tienes muy mal café y te va a salir la criada respondona.

JEREMÍAS.- (Traga saliva. Muerde las palabras.) Sí, fue el cajero.

GORDÓN.- Te libraste de la silla por el aprendizaje, pero te echaron veinte años. ¿Ves como algunas cosas sí que las sé, hombre? (Da al comparsa el último cajón.)

JEREMÍAS.- (Se le acerca, siniestro.) ¿Y sabes, también, que en estos casos lo peor es coger carrerilla?

(Se le acerca dispuesto a estrangularle, si es preciso. MÁXIMO se interpone a los dos. EL CABALLERO le secunda.)

GORDÓN.- Cálmate, hombre, cálmate...

(ÚRSULA regresa por el foro. Trae envueltas en un gran pañuelo negro algunas ropas y objetos de ESTHER.)

ANATOL.- Gordón: sería mejor que te callases. Tienes el tejado de vidrio.

GORDÓN.- Ya estoy harto de que me miren como un apestado.

(Mutis de GORDÓN.)

MÁXIMO.- ¿Nos marchamos, jefe?

ANATOL.- Sí, al embarcadero.

(JEREMÍAS, EL CABALLERO, MÁXIMO y el COMPARSA se marchan por la derecha. ÚRSULA desciende la escalera en la misma dirección.)

¿Qué lleva usted ahí, Úrsula?

ÚRSULA.- Nada.... nada... ¿Quiere usted verlo?

(Deja el hato sobre la mesa y lo abre. Se ven algunas ropas, un retrato, los pequeños objetos del ajuar de ESTHER.)

ANATOL.- No, Úrsula, no. Ya me figuro... (Toma el retrato en la mano. Lo contempla largamente.) ¿De cuándo es esta fotografía?

ÚRSULA.- De hace tres años.

ANATOL.- ¿Viuda ya?

ÚRSULA.- Sí.

ANATOL.- Muy distinta de como estaba ahora, ¿no?

ÚRSULA.- Sí, el peinado la cambiaba mucho.

ANATOL.- ¿Hecha aquí?

ÚRSULA.- Sí, en la puerta de mi casa.

ANATOL.- (Mira, vagamente, por la abierta ventana. Poco después de un sumario cotejo.) Es cierto... (Se queda pensativo.) ¿Sabe por qué me parece otra? Porque está sonriéndose. Yo no la vi sonreír nunca.

ÚRSULA.- Pues...

ANATOL.- Esther era una criatura triste... ¿no?

ÚRSULA.- No sé... Triste... quizá sea demasiado decir. Seria; eso le cuadra mejor.

ANATOL.- ¡Pobre! La vida debió de ayudarle poco a ser de otra manera. La muerte de su marido, hijo suyo, ¿no?... Jovencísimo, claro...

ÚRSULA.- Sí, tenía dos años menos que ella...

ANATOL.- Imagínese... (Exploratoriamente.) En pleno idilio...

ÚRSULA.- Él, sí, estaba muy enamorado... Ella, no... Le quería, naturalmente. Amor, amor..., nunca le tuvo.

ANATOL.- Hábleme de Esther, ¿le importa?

ÚRSULA.- ¿Y qué quiere que le diga?

ANATOL.- Su mirada no creo que la olvide fácilmente. Ni su voz...
Hacía presentir un alma tan profunda, tan dramática... ¿Ha oído
usted cómo suenan esas tierras que llevan un río por dentro? Así era
la voz de Esther.

ÚRSULA.- La tarde en que la asesinaron estuvo con usted, ¿verdad?

ANATOL.- Sí.

ÚRSULA.- ¿Nunca hubo nada entre ustedes?

ANATOL.- No. Que su hijo descansa en paz.

ÚRSULA.- Esther se había enamorado... No sé si hago bien en
confesárselo... ni de qué ha de servirle el saberlo.

ANATOL.- Me hace más fuerte..., me da fe en mí mismo y le agradezco
que me lo diga...

ÚRSULA.- Esther sabía que usted no la quería; murió con esa pena.

ANATOL.- Si viviese aún, me gustaría decirle que ella ha sido la
primera y la última persona en el mundo a la que hubiese podido
querer.

ÚRSULA.- Yo soy vieja ya; poco me queda de vida; pero aunque llegue
a los cien años, creo que nunca encontraré otra que la iguale.

ANATOL.- Pienso como usted... (Transición.) Cierre, cierre usted
su hatillo. ¿Dónde se lo lleva?

ÚRSULA.- Son sus pequeñas cosas: prefiero tenerlas conmigo.

ANATOL.- Lo comprendo.

ÚRSULA.- Bueno, pues... me voy. (Duda un momento. Al fin,
tímidamente, hace ademán de ofrecerle el retrato.)

ANATOL.- (Lo rehúsa.) Yo no merezco ni el retrato de Esther.

ÚRSULA.- Adiós, entonces.

ANATOL.- Adiós.

ÚRSULA.- Suerte...

ANATOL.- También ella me la deseó un día. (Como si la evocase.)
Suerte...

(ÚRSULA se va por la izquierda. Queda solo en escena ANATOL.
Melancólicamente, se acerca a la ventana de la izquierda y mira un
algo impreciso. Transcurren así cuatro o cinco segundos. JEREMÍAS,
por la izquierda.)

JEREMÍAS.- Jefe, todo está listo. ¿Nos vamos?

ANATOL.- Sí.

JEREMÍAS.- Me iba con las llaves del almacén.

ANATOL.- Ya...

(Mutis de JEREMÍAS por la derecha. Entonces, lo más distante
posible, suena un disparo. ANATOL se lleva la mano al pecho. Se oye
otro disparo. ANATOL mortalmente herido, se aparta del radio de la
ventana y busca el apoyo de la mesa próxima. Vacila, sin fuerzas
para llegar hasta ella.)

MÁXIMO.- (Desde dentro.) ¡El Caballero ha soltado a Tommy! ¡El

Caballero ha soltado a Tommy! (Entra en escena. Ve a ANATOL y se le acerca.) ¿Qué te pasa, jefe? ¿Te han herido?

ANATOL.- Más. Me han matado.

JEREMÍAS.- (Por la derecha.) ¿Qué es esto, Anatol?

ANATOL.- Nada, nada... Marchaos...

JEREMÍAS.- ¿Cómo? ¿Sin ti?...

ANATOL.- Sí... Yo me quedo.

MÁXIMO.- ¡Jefe!...

ANATOL.- Araballe...

(Se desploma sobre la mesa, muerto. La puerta de la izquierda se abre y aparece GORDÓN.)

MÁXIMO.- (A GORDÓN.) ¡Han matado al jefe!

GORDÓN.- (Sarcástico.) No... Han matado a Anatol. (Se vuelve hacia la puerta de la izquierda.) ¡Ahí viene el jefe!

(En la izquierda surge, fría y dominadora, la figura de TOMMY. Trae un fusil en la mano derecha, que el umbral de la puerta apenas si lo deja ver. Mira retadoramente a JEREMÍAS y cae el...)

TELÓN

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

